

Nelly Villegas Hernández

CRÓNICAS
EN LA ESCENA





Nelly Villegas Hernández

CRÓNICAS EN LA ESCENA

DOS OBRAS DRAMATÚRGICAS


ELPERRO
yLARANA

1.ª edición, Fundación Editorial El perro y la rana, 2025

© Nelly Villegas Hernández

© Fundación Editorial El perro y la rana

Edición y corrección

José Leonardo Guaglianone

Diagramación

Arturo Mariño

Diseño de portada

Darianyel Molina

Hecho el Depósito de Ley

ISBN 978-980-14-5726-8

DC2025000379

CRÓNICAS EN LA ESCENA

DOS OBRAS DRAMATÚRGICAS

ÍNDICE

Nota de la edición	9
I. <i>EL ÚLTIMO DÍA</i>	11
Primer Acto	15
Escena I	15
Escena II	17
Escena III	19
Escena IV	25
Escena V	26
Escena VI	34
Escena VII	38
Escena VIII	41
Segundo Acto	45
Escena IX	45
Escena X	57
Escena XI	61

II. *EL NIDO DE LOS ÁNGELES*

67

Escena I	71
Escena II	83
Escena III	88
Escena IV	91
Escena v	97
Escena VI	101
Escena VII	105
Escena VIII	107
Escena IX	110
Escena x	112
Escena XI	113

Nota de la edición

Para el presente título la autora compila dos de sus obras de dramaturgia, la primera, intitulada *El último día*, fue obra ganadora del II Premio de Teatro Marita King, en el año 2006. Galardón otorgado por parte de la Fundación Cultural Marita King, dirigida por el Maestro del teatro y la cinematografía nacional: el entonces con vida, Román Chalbaud [1931-2023]. La cual contó con un montaje teatral, y participación de la autora como actriz, junto con la agrupación anzoatiguense PUERTOTEATRO (radicada en el Distrito Sotillo, de la ciudad de Puerto La Cruz), para los públicos de Caracas y de la región oriental del país, en 2007, con dirección teatral de Pablo Ramírez [1955]. Reseñada positivamente, el mismo año, por el profesor universitario, dramaturgo y crítico teatral Carlos Herrera [1957-2016].

La segunda obra galardonada, intitulada *El nido de los ángeles*, no ha sido galardonada ni ha tenido montaje teatral, y la autora la ha publicado inédita gratuitamente en su blog personal: *Nelly Villegas. Compendio de creatividad literaria en varios géneros desde Puerto La Cruz, Venezuela* [<https://nellyvillegas21.blogspot.com/>].

I. El último día

PERSONAJES

MARÍA ESTHER: Aproximadamente 40 años.

LILO: Aproximadamente 45 años.

SONIA: Aproximadamente 45 años.

MARGARITA: Adolescente de 17 años.

“No queríamos abandonar el rancho, pero todo empezó a caerse. Sentimos los gritos y corrimos, corrimos duro. Todo se venía abajo; bajaban piedras, palos y hasta la gente. Por un momento creí que íbamos a morir. Cuando miramos hacia atrás ya no había nada... solo agua y lodo.”

DIARIO EL NACIONAL
16/12/1999

PRIMER ACTO

ESCENA I

(Interior de un espacio humilde. Se ve la silueta de María Esther a través de una cortina que delimita el espacio entre la cocina y el cuarto. Suenan cohetes. Se oye música tropical de Navidad. María Esther salta de la cama, presurosa comienza a vestirse, tocan a la puerta).

MARÍA ESTHER: ¡Voy! *(Abre la puerta).*

SONIA: ¡Parece que va a llover!

MARÍA ESTHER: Sí.

SONIA: Estaba anunciado.

MARÍA ESTHER: No pude dormir pensando en la orden que trajeron los guardias.

SONIA: Yo tampoco. No quiero ni pensar a dónde voy a ir a parar si nos desalojan

MARÍA ESTHER: ¿Y yo? Me da pánico tener que volver al bar de Bermúdez, con todo lo que me ha hecho...

SONIA: Por lo menos tú tienes ese cuarto en el bar.

MARÍA ESTHER: ¿Y qué has pensado?

SONIA: ¡Me quedo!

MARÍA ESTHER: ¡Así se habla!

SONIA: Es lo único que tengo, sería injusto no defenderlo.

MARÍA ESTHER: No se atreverán a desalojarnos. Somos muchos.

SONIA: ¡Pa lo que les importa!

MARÍA ESTHER: De cualquier manera, yo no me voy. Que vengan ellos mismos a sacarnos. Por lo menos van a tener que sudar bastante.

SONIA: Yo también. De aquí no me saca nadie, por más Guardia que sea.

MARÍA ESTHER: Ya estoy lista.

SONIA: Ya era hora. No sé qué tanto te arreglas para ir a una misa de aguinaldos.

MARÍA ESTHER: Me gusta ir representada a la iglesia.

SONIA: ¿Por qué? ¿Vas a sonsacar al cura?

MARÍA ESTHER: Sabes que no.

SONIA: ¿Y entonces?

MARÍA ESTHER: Me gusta sentirme digna, aunque sea en la casa de Dios.

SONIA: (*Burlona*). Qué profunda.

MARÍA ESTHER: Ya, vamos. (*Salen. Tiempo*).

(Tocan la puerta, esta se abre sola. Entra Lilo, tiene mal aspecto, la ropa manchada de sangre. Camina con dificultad. Trae una guitarra).

LILO: ¡Marucha! ¡Marucha! (*Observa y se pregunta*): ¿Así que este es el palacio que se consiguió la engreída? ¿A dónde iría tan temprano? ¿Y este montón de cajas? (*Va hacia las cajas y empieza a registrar. Saca un álbum de fotos. Lo observa*). Esta debe ser la mamá. Mira la mocosita, (*Saca una caja con un árbol de Navidad y un nacimiento*) con niño Jesús y todo. Ya el pobre

estará asfixiado. Mínimo diez años escondido en este baúl. ¡Qué manía la de las mujeres de guardarlo todo! Si pudieran envuelven el mundo, le colocan su lacito y lo guardan en un baúl. Sería cómico... (*Ríe*).

(Se oyen voces que se acercan. Lilo recoge todo y lo guarda. Se esconde detrás de una vieja mesa).

ESCENA II

(Entran María Esther y Sonia).

SONIA: ¡Es que si no me lo quitan me lo como vivo!

MARÍA ESTHER: Nada ganas con portarte así.

SONIA: Si por lo menos fuera un muchacho decente, pero no, es un malandro de lo peor.

MARÍA ESTHER: Son cosas de muchachos.

SONIA: ¡No son cosas de muchachos! Yo conozco a Margarita y esa cuando se empecina en algo no hay quien se lo quite de la cabeza.

MARÍA ESTHER: Portándote así solo empeoras las cosas.

SONIA: ¿No oíste cómo me dijo el muy zángano?: “¿Cómo está, suegrita?”

MARÍA ESTHER: ¡Lo provocaste, Sonia

SONIA: Él es quien está provocándome. Si le toca un pelo a la muchacha, es que va a saber quién soy yo.

MARÍA ESTHER: Déjate de cosas, que ese muchacho es peligroso.

SONIA: ¡Ojalá y lo hubieran matado el otro día, cuando lo agarraron los guardias! Pero no, tenía que salir la Ramona a defenderlo, porque buena que le salió la madre, una alcahueta.

MARÍA ESTHER: (*Dándole un vaso*). Tómame este guarapito para que te tranquilices.

SONIA: Es que tú sabes con qué sacrificio crié a esa niña, para que venga cualquier sinvergüenza a sonsacarla. Figúrate, ayer llegó la muy fresca con un vestido de novia que ¡sabrás Dios de dónde lo sacó! Se me plantó enfrente y me dijo, así sin más ni más, que se iba a casar con ese bandido que ni siquiera estatura tiene. ¿Te imaginas? Yo, tratando que por lo menos saque el bachillerato, y ella pensando en casarse.

MARÍA ESTHER: ¿Y tú, qué hiciste?

SONIA: Carajo, le di dos cachetadas y la mandé a botar ese pedazo de vestido.

MARÍA ESTHER: Pobrecita la niña.

SONIA: Pobrecita yo, que he tenido que dejar los riñones en ese bar de mala muerte para que ella eche pa lante con los estudios.

MARÍA ESTHER: ¡Gracias por el piropo!

SONIA: Perdona, no lo dije por ti.

MARÍA ESTHER: No te preocupes. Tienes razón, es un bar de mala muerte.

SONIA: Disculpa Sonia, lo dije sin pensar.

MARÍA ESTHER: Tranquila. (*Pausa corta*). Ya verás cómo se le pasa, es el primer novio, está ilusionada nada más. Dentro de poco se le olvidará y andará otra vez como si nada.

SONIA: Ojalá, porque yo me muero si a Margarita me la malogra el degenerado ese.

MARÍA ESTHER: No seas exagerada, Sonia.

SONIA: Es que tengo un palpito aquí, y cuando eso me pasa es señal de que algo malo va a pasar.

MARÍA ESTHER: Ya no te pongas pavosa, Sonia, que cuando te da por ahí es para agarrar palco.

SONIA: Mejor me voy a ver dónde anda la mocosa esa. *(Sale)*.

ESCENA III

(María Esther va hacia la cocina. Prepara café, luego cruza el espacio que da al cuarto. Se desviste; Lilo la espía y se esconde bruscamente al voltear María Esther. Se oye un ruido).

MARÍA ESTHER: *(Quitándose los zapatos)*. ¡Otra vez esos ratones del cipote! *(Abre. Lilo se levanta)*. ¡¿Pero, qué haces aquí?! *(Lo golpea)*.

LILO: No seas atravesada. Déjame que te explique, mujer.

MARÍA ESTHER: ¡No quiero tus explicaciones! *(Lo golpea)*.

LILO: Me estás lastimando la herida.

MARÍA ESTHER: ¡Y a mí qué me importa tu herida!

LILO: No seas bruta, que la tengo fresquita.

MARÍA ESTHER: ¿Ah, sí? Pues, yo te voy a echar un poquito de café caliente para que se te seque. *(Se dirige hacia la cocina y toma un olla con café)*.

LILO: ¡Eres una amargada! ¡Una perra rabiosa

MARÍA ESTHER: Yo seré una perra rabiosa, pero no me estoy pudriendo como tú.

LILO: Mira que eres injuriosa.

MARÍA ESTHER: ¡Injuriosa? Seguro que te botaron del hospital porque ya no te aguantan.

LILO: Te pelaste: yo me salí solito.

MARÍA ESTHER: ¿Te saliste? Sí, cómo no.

LILO: Sí. Ya tú sabes que soy muy habilidoso. Cuando era chico mi abuela me regaló una piel de zorro y por eso me volví habilidoso.

MARÍA ESTHER: Sí que eres inventor. ¡Te botaron por podrido!

LILO: Inventor sí, es... bueno. Lo que pasa es que decidí salirme porque ya no me gustaba el menú ejecutivo. ¡Tanto caviar indigesta!

MARÍA ESTHER: ¡Como si uno no supiera! Los muchachos me contaron que te rajaron la barriga pa sacarte la pudrición que tienes adentro, pero era tan grande que decidieron volver a coserte y dejarte quieto pa que te mueras solito.

LILO: Ahí es donde está el detalle, como dicen, que no me quiero morir solito.

MARÍA ESTHER: ¿Qué? ¿Viniste a convidarme?

LILO: No seas odiosa, mujer. ¿No ves que lo que vine fue a pedirte un ladito aquí?

MARÍA ESTHER: ¿Y qué te has creído? ¿Que esta es la morgue?

LILO: Si fuera la morgue no hubiera venido. Ni que fuera bruto.

MARÍA ESTHER: Yo no estoy para cuidar muertos. No faltaba más.

LILO: No te pido que me cuides, solo que me dejes quedar aquí.

MARÍA ESTHER: ¿Cómo se te ocurre pedirme eso, después de lo que me hiciste el otro día? LILO: Qué rencorosa eres.

MARÍA ESTHER: Si fuera rencorosa ya te hubiera echado a patadas.

LILO: Claro que sí lo eres. Yo sé que todavía estás brava conmigo por lo de aquella noche con El Pelón.

MARÍA ESTHER: No me lo recuerdes, si no quieres ir a parar a la calle.

LILO: Pero, ¿cuántas veces tengo que decirte que yo no tuve la culpa de nada? Él fue el que se hizo cerebro solo, porque tú no quisiste respetar los acuerdos con él; y le dijo a los guardias que tú eras una ladrona, que le habías robado la billetera y el celular.

MARÍA ESTHER: Claro, porque no me quería pagar como era debido, después que le hice todos los servicios que me pidió. Tenía que robarlo pa cobrarme. Y para completar le dijiste a los guardias que estaba escondida en el bar de la esquina, pa que me agarraran.

LILO: No, eso no fue así.

MARÍA ESTHER: ¿Y cómo fue?

LILO: Mandaron al bobo del Broquerón a que me preguntara si te había visto entrar, y como yo no sabía nada, le dije que sí.

MARÍA ESTHER: ¡Condenado soplón! (*Lo golpea*).

LILO: ¡Cálmate, que me lastimas!

MARÍA ESTHER: Tuve que acostarme con los guardias pa que me dejaran salir. ¿Y todavía quieres que te dé permiso para que te mueras aquí? Anda a morirte a la calle, como los perros.

LILO: ¿Y que tú crees, que le tengo miedo a la calle? No señor, yo soy el dueño de todas las calles, todas las calles son mías.

MARÍA ESTHER: ¿Sí?

LILO: Para que lo sepas, mi abuelo me las regaló cuando yo tenía como doce años. Me dijo: “Mira, Lilito, tu abuela y yo estamos muy viejos y hoy nos vamos a reposar, y lo único que tenemos es esta casa, y como tú todavía eres menor de edad no te la podemos dejar, así que por eso mejor te vamos a regalar la calle. Como nadie lo prohíbe, no es tan complicado”. Yo le pregunté: “¿Cuál calle, abuelo?” Él me dijo: “La que tú quieras”. Claro, como yo soy avisado, le dije: “¡Regálame todas, abuelo!” Y él me las regaló, así que todavía son mías porque no las quiero vender. Y cuando me decida a venderlas, te voy a regalar el dinero porque a mí no me hace falta.

MARÍA ESTHER: ¡Hablas puras boberías!

LILO: Es cierto.

MARÍA ESTHER: Y entonces, ¿por qué no te vas a “tus calles?” Como te pertenecen todas, puedes escoger la que quieras y ahí te echas...

LILO: Qué más quisiera yo, pero no puedo.

MARÍA ESTHER: ¿Por qué?

LILO: Porque esta vez es distinto, es por lo del sueño.

MARÍA ESTHER: ¿Sueño? ¿Qué sueño?

LILO: Uno que tuve la otra noche, cuando me sacaron del congelador.

MARÍA ESTHER: ¿Del congelador? ¡Estás loco!

LILO: Sí, yo sentía mucho frío. Estaba congelado. Cuando me di cuenta estaba abajo y arriba al mismo tiempo. Alguien me decía: “Mira... mira”. Yo miré. Era como si me estuvieran pasando una película a todo color. Los colores eran tan vivos que yo los podía tocar con las manos. Lo más sensacional es que yo era el protagonista. Me vi desde que era chiquitico, vi a mis abuelos, cómo eran cuando los conocí. Después vi el día de la explosión,

vi otra vez la casa volar por los aires, la cara de mi madre en el entierro. Era la primera vez que la veía desde que nací; no me pareció tan bonita como yo creía, y rapidito vi todo, desde que me fui para la primera calle con mi guitarra. Como te lo explico, sí, fue rapidísimo. Cuando te conocí en el bar y tantas cosas, hasta que llegué a ese momento del congelador. Miré al frente. Adivina qué vi. ¡No te lo puedes imaginar! Por un lado, a mi abuelo en el cielo, todo azulito, con ángeles, flores y nubes blanquitas. Por el otro, al Broquerón en el infierno, todo sucio, quemadito y chamuscado. Salió San Pedro y me dijo: “¿Quién eres?” Y yo le dije: “Lilo de Jesús Renault, para servirle”. Y me dijo: “Usted va allá, donde está el Broquerón, por callejero”. Y yo le dije: “No, entonces yo mejor me voy”. Él me dijo: “Váyase, pero no crea que se va a salvar cuando vuelva. En donde está su abuelo solo van las gentes de bien, con casa, esposa, familia, no realengos”. Yo le pregunté: “¡Ay, mi santo! ¿Qué tengo que hacer para reposar donde está el abuelo?” Se rió y me dijo: “Ay, Lilo Renault, volver a nacer, porque para allá van los que se mueren en su cama, al lado de su esposa, en su casa, junto a su familia”. Yo me impresioné todo y me vine corriendo. Cuando venía corriendo, de pronto es que siento como un corrientazo y él médico que le decía a la enfermera: “¡Ya, déjenlo quieto, que se muera cuando le dé la gana!” Por eso es que cuando volví en mí y me recordé del sueño, me dije: la que me puede salvar es la Marucha, que ahora tiene casa.

MARÍA ESTHER: (*Conmovida*). Pero aquí no te puedes quedar, Lilo.

LILO: Yo no necesito mucho, Marucha, solo un rincón.

MARÍA ESTHER: Ya te dije que no, y no me salgas con otros de tus cuentos.

LILO: Solo hasta mañana.

MARÍA ESTHER: ¿Y por qué hasta mañana?

LILO: Porque hoy quiero estar tranquilo, sin calle, ni gente, ni perros.

MARÍA ESTHER: ¿Te dijeron que te ibas a morir hoy?

LILO: Uno se muere cuando quiere, no cuando otros digan.

MARÍA ESTHER: ¿Ah, sí? ¡Yo te aviso!

LILO: No seas odiosa, mujer. Solo hasta mañana, ¡por favor!

MARÍA ESTHER: ¡No señor!

LILO: Te prometo que no te molesto, ni toco la guitarra, ni abro la boca, pero por favor, Marucha, déjame quedarme solo hasta mañana. Hoy no quiero calle.

MARÍA ESTHER: Está bien, deja la rogadera. Pero eso sí: te me bañas, porque no soporto tu aroma.

LILO: Me bañé antes de entrar al congelador...

MARÍA ESTHER: Claro, hace como quince días. ¡Vamos! ¡A bañarse!

LILO: No, Marucha, que me hace daño.

MARÍA ESTHER: Bañarse no le hace mal a nadie, menos a un muerto como tú.

LILO: Me da escalofríos, tembladera, como si me fuera a congelar otra vez.

MARÍA ESTHER: ¡Cómo serás de cochino! Está bien, acomódate por ahí. Pero eso sí: ni te me acerques. ¡Mantente a kilómetros de distancia de mí, ¿estamos?

LILO: Como quiera la señora. (*Pausa*). Si no es mucha molestia, quería pedirte otro favor...

MARÍA ESTHER: ¿Otro?

LILO: Sí, que también tiene que ver con el sueño.

MARÍA ESTHER: A ver, ¿y qué será?

ESCENA IV

(*Entra Sonia bruscamente*).

SONIA: ¿Oíste las noticias?

MARÍA ESTHER: No. ¿Qué pasa?

SONIA: (*Al darse cuenta de la presencia de Lilo*). ¿Y qué hace este aquí? ¿No y que se estaba muriendo?

LILLO: Sí, pero le dije a la señora Pelona que me diera un permisito para venir a visitar a la Marucha. Ella me dijo: “Ve, Lilo, pero mañana tempranito te voy a buscar”.

SONIA: ¡Este siempre con sus fantasías!

LILLO: (*Haciéndose el desentendido, toca la guitarra*).

MARÍA ESTHER: ¿Y se puede saber qué es lo que dicen las noticias?

SONIA: Que están desalojando a la gente del otro lado del río.

MARÍA ESTHER: ¿Otra vez los guardias?

SONIA: No, esta vez es Defensa Civil. Dicen que por allá eso está feo con las lluvias.

MARÍA ESTHER: Puros inventos. Todo el mundo sabe que lo que quieren es sacarnos de aquí.

SONIA: Yo no sé, el locutor parecía asustado de verdad.

LILLO: Ellos saben eso, de cómo poner la voz para que la gente crea que es de verdad.

MARÍA ESTHER: ¡Cállate!

LILLO: (*Distante*). Sí, yo una vez conocí a uno que inventaba cosas y la gente le creía. Como más nadie sabía hablar... Claro, él era

el único que tenía un micrófono que sonaba duro. No dejaba pensar a nadie, entonces él era el rey.

MARÍA ESTHER: (*Sonreída*). Lilo, mejor quédate callado, que tú hablas puras bobadas.

SONIA: Por si acaso, hay que estar atentos.

ESCENA V

(Entra Margarita. Es una adolescente. Lleva ropa extravagante que la hace parecer adulta).

MARGARITA: ¡Lo vi, María Esther, lo vi!

MARÍA ESTHER: ¿A quién?

SONIA: ¿A quién va a ser? ¡Al malandro ese! ¿No ves que ella estaba para la calle?

MARÍA ESTHER: ¡Sonia!

MARGARITA: ¡Al gobernador! ¡En persona!

MARÍA ESTHER: ¿En serio?

MARGARITA: ¡Claro!

SONIA: ¡No te creo!

MARGARITA: ¡Lo juro por mi madre! Y que me parta un rayo si es mentira.

MARÍA ESTHER: ¿Y cómo fue eso?

MARGARITA: Sencillo, así como pasan las cosas trascendentales y uno no se da ni cuenta.

MARÍA ESTHER: Habla, niña.

MARGARITA: Yo estaba viendo las vidrieras, de pronto empezó el alboroto. La gente hasta se asustó, porque eso fue que llegaron los periodistas y en un santiamén aquello se llenó de cables, cámaras y guardias de seguridad por todos lados.

MARÍA ESTHER: ¿Y qué estaba haciendo él por ahí?

MARGARITA: Yo no sé. ¡Estaba y punto

MARÍA ESTHER: ¿Y qué hiciste?

MARGARITA: Crucé la calle como pude y me instalé en toda la puerta, por donde él iba a pasar, claro, hecha la loca. Y al momentico llegó, en un carro bellissimo...

SONIA: (*Que se ha estado interesando*). ¿Y entonces?

MARGARITA: Se bajó del carro. La gente lo saludaba, casi no lo dejaban caminar. Hasta que llegó a donde yo estaba.

MARÍA ESTHER: ¿Y cómo es?

MARGARITA: ¡Bello! Más bello que cuando sale en las noticias por televisión.

SONIA: ¿Y te dijo algo?

MARGARITA: Me sonrió, me abrazó y me dio un beso.

MARÍA ESTHER: ¡Qué envidia!

MARGARITA: ¡Yo me quería morir!

SONIA: ¿Y es verdad que tiene un lunar en el cuello, como si fuera una estrella?

MARGARITA: ¡Mamá! ¿Cómo crees que me iba a dar tiempo de revisarle el cuello?

MARÍA ESTHER: ¿Pero pudiste hablar con él?

MARGARITA: Sí. Tomé aire, me llené de valor y le dije...

SONIA: ¿Qué le dijiste?

MARGARITA: Soy Margarita del Carmen Centeno, tanto gusto.

MARÍA ESTHER: ¡Sigue!

MARGARITA: “El gusto es mío”, me dijo con una voz parecida a la de un ángel, suave, y una sonrisa tan varonil que me estremeció toda.

SONIA: ¡Niña! ¡Modérate!

MARÍA ESTHER: Pero, ¿pudiste hablarle de nuestro problema?

MARGARITA: ¡Claro!

MARÍA ESTHER: Pero por Dios, habla.

MARGARITA: ¿Cómo? Si no me dejas. (*Pausa*). Primero le dije lo emocionada que estaba. Me volvió a abrazar. Después le dije: “Yo vivo en las colinas de Cerro Nuevo, del otro lado del río. Claro, tenemos poco tiempo. Tomamos el cerro porque no teníamos donde vivir... Resulta que ayer nos llegó una orden de desalojo... Nosotros no tenemos a dónde ir y...” ¡No me dejó terminar! Llamó a su asistente y le dijo: “Encárgate de este caso inmediatamente”, después me miró fijamente y me dijo: “No te preocupes, mañana mismo nos encargamos de eso”. Me dio un beso y se fue caminando suavemente, abrazando y saludando a la gente que ya estaba aglomerada.

MARÍA ESTHER: Alabado sea el Señor misericordioso, ¡qué afortunadas somos!

MARGARITA: Todavía estoy como en *shock*, de la emoción.

MARÍA ESTHER: Si él dijo que se soluciona mañana, se soluciona mañana, porque lo que él dice es Santa Palabra.

MARGARITA: Sí, señor. Por lo menos podremos dormir en paz esta noche.

MARÍA ESTHER: Sí, ya mañana veremos.

LILO: (*Que ha estado atento*). Amanecerá y veremos, decía mi abuela, pero nunca amaneció.

MARÍA ESTHER: ¡Ya salió el bocón!

SONIA: Quédate callado, Lilo, que tú no hablas sino boberías.

LILO: ¿Boberías? Yo conozco a esos tipos, los conozco desde que era niño porque a la casa de la abuela siempre iban a tomar agua y ella les daba, más para que se fueran que por hacerles la caridad.

MARÍA ESTHER: Cállate el hocico, no seas entrometido.

LILO: Entrometidos son ellos, que creen que se las saben todas. Lo que pasa es que uno se hace el invisible, que no ve, ni oye, ni mira, pero está nada más procesando las cosas injustas de la vida.

SONIA: ¡Que si eres necio!

LILO: ¿Necio? Es lo mismo que le pasó a la gente que vivía en el pueblo de mi compinche el Broquerón.

MARÍA ESTHER: ¿El Broquerón? Deja a ese hombre descansar en paz.

LILO: Pero si yo no lo ofendo... Él mismo me lo contó antes de que lo mataran de la pedrada en la frente y lo tiraran al río.

MARÍA ESTHER: Deja de decir eso, que tú no lo viste.

LILO: Pero lo vio mi alma, que es lo mismo.

SONIA: ¿Y se puede saber qué fue lo que te contó?

LILO: Que en su pueblo, cuando vino la crecida del río, fueron todos los chivos más pesados, los que mandan, y tomaron fotos abrazándose con los niños que habían quedado huérfanos. Les

dieron pan de frutas a los viejos. La gente se alegraba y decía: “¡Vinieron! ¡Vinieron! ¡Ahora sí, la vaina se puso buena!” Y salió en el periódico con foto y todo, ¿y qué pasó después? Ahí está: se murieron todos de mengua. Nada más se salvó el Broquerón, y eso porque pasó un zamuro y se lo trajo pa la ciudad, creyendo que estaba muerto.

SONIA: ¡Ave María Purísima! ¿De dónde saca tantos cuentos este hombre?

MARÍA ESTHER: ¿De dónde va a ser? De esa cabeza loca que tiene.

MARGARITA: Yo mejor me voy.

SONIA: (*Tomándola por un brazo, violentamente.*). Ven acá, muchachita, ¿se puede saber qué hacía usted sola allá abajo?

MARGARITA: ¿Ya no te lo dije?

SONIA: Y me creí el cuentito.

MARGARITA: Ningún cuentito, mamá, es la verdad.

SONIA: ¿No sería más bien que estabas viendo al zángano ese?

MARGARITA: Mamá, ¿vas a empezar?

SONIA: “Mamá” nada. Yo no me chupo el dedo. Tú estabas viendo al zángano ese.

MARGARITA: Él es un muchacho como todos.

SONIA: Claro, solo que este es un malandro.

MARGARITA: No digas eso.

SONIA: Tú sabes que es así.

MARGARITA: Solo porque tú lo dices.

SONIA: No lo digo yo, lo sabe todo el mundo.

MARGARITA: Estoy muy feliz, mamá, y no vas a ser tú quien me amargue el día (*Sale*).

SONIA: ¡Espera! ¡No me dejes con la palabra en boca, no seas grosera! (*Volviéndose a María Esther*): ¿La oíste, verdad? Esto no es juego, Marucha, esto es en serio.

MARÍA ESTHER: Cálmate, con ponerte así no arreglas nada.

SONIA: ¿Cómo quieres que me calme? (*Sale detrás de Margarita*).

¡MARGARITA! ¡MARGARITA!

MARÍA ESTHER: ¡Qué mujer tan testaruda, Dios mío! (*María Esther va hacia la cocina. Lilo toca la guitarra*). ¿En qué quedamos, Lilo?

LILO: En que al Broquerón se lo trajo un zamuro.

MARÍA ESTHER: No te hagas el tonto. (*Gritando*): ¡¿Podrías callar esa cosa por un momento?!

LILO: ¿Y por qué?

MARÍA ESTHER: ¿Cómo que por qué? ¡Porque me molesta, por eso!

LILO: (*Ríe*). Como quiera, Su Majestad.

MARÍA ESTHER: Yo no le veo la gracia.

LILO: Yo tampoco, pero me da risa.

MARÍA ESTHER: Mantén la distancia, engreído. No creas que estoy muy contenta con el hecho de que estés aquí.

LILO: ¿Y qué crees? ¿Que yo estoy tan alegre que hago una fiesta?

MARÍA ESTHER: Si te dejé quedar hasta mañana fue por lástima nada más.

LILO: ¿Sí? ¡No me digas! Si la que da lástima eres tú, vieja, sola y amargada.

MARÍA ESTHER: Yo seré una amargada, pero no me están comiendo los gusanos.

LILO: Sí, pero no tengo que andar mendigando a nadie, son mis gusanos. Más bien yo soy feliz porque sirvo para darles de comer, pero tú, ¿para qué sirves?, para nada. Y de paso, para poder comer tienes que estar pelándole el diente a los hombres en el bar para que se acuesten contigo.

MARÍA ESTHER: (*Golpeándolo*). ¿Y tú qué tienes que ver con eso, entrometido? Son mis cosas y no tienes porqué meterte, ¿qué te has creído? (*Lo golpea con más fuerza*).

LILO: ¡Ah, que me vas a matar antes de tiempo! (*María Esther no se detiene*). Carajo, que eres fea y cuando te pones brava te ves requete fea. ¡Para! ¡Para! ¡Sí que eres testaruda!

MARÍA ESTHER: (*Más calmada*). ¡Retírate de mi vista!

LILO: Está bien, no digo nada, no hablo nada. Ya... ya... ay, que me duele la herida. (*Pausa larga*). Agradece que tengo que aguantar, por lo del sueño.

MARÍA ESTHER: Otra vez con el cuento del sueño. Lo inventaste para conmovirme ¿verdad?, porque sabes que soy de buen corazón.

LILO: No, lo del sueño es cierto.

MARÍA ESTHER: ¡Mentiroso!

LILO: Claro que es verdad, y tanto que ahora estoy preso, no libre como antes.

MARÍA ESTHER: ¿Y eso por qué?

LILO: Porque ahora estoy como en la cárcel.

MARÍA ESTHER: ¿Y quién dijo que un sueño es como una cárcel?

LILO: Yo, lo digo yo.

MARÍA ESTHER: ¡No seas bruto! Los sueños son para orientarlo a uno.

LILLO: Eso depende.

MARÍA ESTHER: ¿De qué?

LILLO: De uno.

MARÍA ESTHER: A ver, ¿y eso por qué?

LILLO: Fíjate, te lo voy a explicar fácil para que lo entiendas clarito.

MARÍA ESTHER: Sí, explícame, porque no entiendo.

LILLO: Si uno es niño y tiene un sueño, lo más seguro es que sea un sueño que lo haga a uno libre, porque cuando uno es niño no se hace cerebro, uno sueña y no se queda tranquilo hasta que ese sueño se hace realidad. Si uno es un hombre y tiene un sueño, puede que lo haga a uno libre o preso, eso depende.

MARÍA ESTHER: ¿De qué?

LILLO: De la flojera que uno tenga, porque como los sueños dan mucho trabajo, depende de uno. Si uno es flojo se achanta, deja que el sueño pase y se vaya a buscar a otra persona, pero si uno es avisado, trabaja, trabaja y trabaja hasta que consigue que el sueño se haga realidad. Pero si uno, tiene un sueño cuando es viejo, queda embromado como yo.

MARÍA ESTHER: ¿Y eso por qué?

LILLO: Porque es muy difícil cumplirlo, ¿no me ves? Así como yo estoy, ¿tú crees que voy a salir a trabajar por un sueño? No, me achanto. ¿Ves por qué los sueños son como pájaros o como grillos?

MARÍA ESTHER: (*Se ríe*). Tú si hablas boberías.

LILLO: A menos que alguien le ayude a cumplir a uno el sueño.

MARÍA ESTHER: ¿Y eso qué quiere decir?

LILO: Nada, es más un decir.

MARÍA ESTHER: Mira que te conozco y sé que te traes algo entre manos.

LILO: ¿Quién? ¿Yo? No. Mejor sí.

MARÍA ESTHER: (*Ríe*). Mejor sigue cantando y cállate.

LILO: Como mande la princesa (*Canta. María Esther se ríe*). Marucha, que te ves bonita cuando te ríes.

MARÍA ESTHER: Ya, dejemos la confiancita.

ESCENA VI

(*Se oyen truenos. Empiezan a caer las primeras gotas de lluvia. Entra Margarita, trae un viejo vestido de novia*).

MARGARITA: ¡Se destapó la lluvia!

MARÍA ESTHER: Se veía venir.

LILO: (*En un extremo, mirando por la ventana, canta*): Que llueva, que llueva, la vieja está en cueva, los pajaritos cantan, la vieja se levanta...

MARGARITA: (*Mostrándole el vestido*). Mira, ¿verdad que es bello?

MARÍA ESTHER: ¿De dónde lo sacaste, Margarita?

MARGARITA: ¿De dónde va a ser? Del basurero de la tienda de abajo. Lo lavé y lo pienso arreglar para mi matrimonio.

MARÍA ESTHER: ¿Tu matrimonio?

MARGARITA: Sí, él me propuso matrimonio.

MARÍA ESTHER: Muchachita loca, vas a matar a tu mamá. (*Se dirige a la cocina, toma unos peroles y los coloca en las goteras*).

MARGARITA: No me vayas a regañar tú también. Con mamá tengo bastante.

MARÍA ESTHER: Es que eso es una locura... si tú no sabes ni cocinar.

MARGARITA: Aprendo, ¿cuál es el problema? Ni que fuera tan difícil.

MARÍA ESTHER: No se trata de hacer una sopa, se trata de formar una familia.

MARGARITA: No te pongas fastidiosa. Además, dime: ¿quién en este país piensa en formar una familia? ¡Nadie! ¿Y entonces por qué yo voy a pensar en eso?

MARÍA ESTHER: Margarita, no hables así.

MARGARITA: En realidad yo no vine a discutir contigo, vine fue a pedirte que me ayudaras arreglar el vestido.

MARÍA ESTHER: ¡Eso sí que no!

MARGARITA: Anda, Marucha, sabes que solo cuento contigo.

MARÍA ESTHER: También cuentas con tu mamá.

MARGARITA: Ya no discutamos más.

MARÍA ESTHER: Tienes razón.

MARGARITA: Entonces... ¿me vas a ayudar?

MARÍA ESTHER: (*Evadiendo*). Tú sabes que no me gusta coser.

MARGARITA: No, chica, yo solo quiero que te lo pongas para coserlo. Mira, traje aguja con hilo.

MARÍA ESTHER: ¡Tienes unas cosas! ¿Cómo crees que yo me voy a poner ese vestido?

MARGARITA: No seas tonta, es solo un momento.

MARÍA ESTHER: No señor.

MARGARITA: No seas mala gente, es solo un momento. (*Pausa*).
Recuerda que me debes un favor. No es que te lo esté cobrando, pero... ¿te acuerdas de la segunda que te hice cuando venías corriendo porque el viejo del bar te venía persiguiendo aquel día? Yo le dije que tú no habías pasado por aquí, ¿te acuerdas?

MARÍA ESTHER: Claro que me acuerdo, si hasta tuve que subir corriendo el cerro porque el viejo me quería embromar porque le robé la billetera y le dejé el pelero.

MARGARITA: ¿Ves? Y yo te salvé.

MARÍA ESTHER: Está bien, chantajista, dame acá eso. (*Va hacia el cuarto*).

MARGARITA: (*A Lilo, que ha estado tocando una canción*). ¿Y tú no te sabes otra canción? Ya me tienes mareada con el bolero ese.

LILO: Cuando la culebra está tranquila, déjela tranquila, no le pise la cola, que le puede picar. (*Sigue en lo suyo*).

MARGARITA: ¡Creído!

MARÍA ESTHER: (*Sale con el vestido puesto*). Esto tiene más huecos que un colador.

MARGARITA: ¡Qué lindo se te ve!

MARÍA ESTHER: Sí, muy lindo, parezco una payasa.

MARGARITA: A ver, voltea, empecemos por este. (*Cose el vestido. Pausa. Entra Sonia, empapada*).

SONIA: ¿Qué significa esto, Margarita? ¿De quién es ese vestido?

MARGARITA: Mío, mamá.

SONIA: ¿Cómo?

MARÍA ESTHER: Sonia, deja que te explique.

MARGARITA: No tienes nada que explicar, yo se lo diré.

LILO: (*Aparte*). Reventó la pólvora... y explotó la mecha... ¡pum!

SONIA: ¡Dios! Que no sea lo que imagino.

MARGARITA: Mamá, no quiero contrariarte, pero...

SONIA: ¿Pero qué?

MARGARITA: Él me propuso matrimonio y le dije que sí.

SONIA: ¿Cómo te atreves, descarada? (*Se le va encima*).

MARÍA ESTHER: (*Sujetándola*). Será mejor que te vayas un rato mientras tu mamá se calma... Después hablas con ella.

SONIA: Suéltame, para darle un par de golpes para que no sea atrevida.

MARGARITA: Trata de entender, estamos enamorados, mamá.

SONIA: ¿Qué vas a saber tú de estar enamorada, si eres una mocosa?

MARGARITA: Ya tengo 17 años; quieras o no, soy una mujer. (*Sale*).

SONIA: ¡Margarita, no te vayas! ¡Escúchame!

MARÍA ESTHER: Es mejor así, Sonia, después hablarán con calma.

SONIA: ¡Suéltame, no me digas nada! ¡Eres una consentidora!

MARÍA ESTHER: ¡Ella me lo pidió!

SONIA: Claro, pudiste decir que no. Bien buena la amiga que me gasto. No puedo voltear la espalda porque me clava la estaca. (*Sale*).

MARÍA ESTHER: Sonia, eso no es así. (*Vestida de novia, sale detrás de Sonia*). ¡Sonia, escúchame!

ESCENA VII

(Se oyen truenos. María Esther entra con el vestido empapado y un paraguas viejo).

MARÍA ESTHER: Llueve a cántaros.

LILO: ¿Y de dónde sacaste ese parapeto?

MARÍA ESTHER: No te interesa.

LILO: Todo lo que tenga que ver contigo me interesa.

MARÍA ESTHER: Párate, que vas en bajada y te puedes estrellar. (Se dirige al cuarto. Lilo toca el Ave María).

MARÍA ESTHER: ¿Y ahora qué te dio?

LILO: (Lilo la ignora. Continúa cantando).

MARÍA ESTHER: ¿Te estás burlando de mí?

LILO: No me burlo, Marucha, es que cuando te vi entrar con ese vestido me hice la idea de que ibas a casarte y que caminabas hacia el altar y el novio te esperaba para tomarte del brazo.

MARÍA ESTHER: ¿Y?

LILO: ¿A qué no sabes quién me imaginé que era el novio?

MARÍA ESTHER: ¿Quién?

LILO: (Pausa). Yo.

MARÍA ESTHER: ¡Dios me libre! Ni que me pinten el paraíso terrenal a tu lado, mi amor.

LILO: ¿Y qué te crees? ¿Que yo estoy delirando por casarme con una mujer como tú? ¿O es que no te has mirado en un espejo? Estás vieja y pareces un fenómeno de lo fea que eres, además yo solo me dejé llevar un momento por mi imaginación, nada más.

MARÍA ESTHER: Te recomiendo que amarres la imaginación, no vaya a ser que un día de estos te vayas volando con ella. Además, no sé qué hago yo hablando con muertos de hambre como tú. (*Se va hacia el cuarto*).

LILO: Está bien, Leticia Primera, de Mónaco.

MARÍA ESTHER: Cállate el hocico, que me vas a hacer molestar y te voy a botar a patadas ahora mismo de aquí.

LILO: Como usted diga, su majestad. (*Continúa tocando. Tiempo corto. María Esther sale arreglada para salir. Coloca el vestido de Margarita en un extremo*). ¿A dónde va, su majestad?

MARÍA ESTHER: A trabajar, ¿qué crees? ¿Que soy una vaga como tú?

LILO: (*Haciendo un gesto indicativo de sexo*). Tú no te cansas de esa trabajadera todos los días.

MARÍA ESTHER: No seas grosero. Es un trabajo como todos los demás.

LILO: Solo que te está matando. Mírate cómo estás, pareces una pasa de Navidad, de lo arrugada. ¿No te das cuenta que dentro de poco no se acostarán contigo ni los perros?

MARÍA ESTHER: ¡Atrevido! ¿Y a ti qué te importa? ¡Ese es mi problema!

LILO: Quédate, Marucha, no vayas hoy.

MARÍA ESTHER: No puedo. Si no voy, el viejo se molesta. Me dijo que si no aumentaba la clientela me mandaba a la a calle.

LILO: Son excusas, Marucha. Si no quieres ir, no vas y punto final.

MARÍA ESTHER: Tú no entiendes, Lilo para ti todo es fácil, hasta morirte. Pero para mí no.

LILO: Quédate, Marucha, no vayas hoy. Si te quedas en la casa a lo mejor le agarras el calor y mañana ya no te provoca ir.

MARÍA ESTHER: No puedo. Hoy es 15, hay muchos clientes.

LILO: Eso es. Lo que pasa es que a ti te gusta, ¿verdad? Dilo, que sí te gusta.

MARÍA ESTHER: No es cuestión de gustos, es mi trabajo. Es lo que hago desde que tengo uso de razón y nada más, lo demás no importa.

LILO: Claro que importa, porque se trata de ti.

MARÍA ESTHER: No te propases, Lilo.

LILO: ¿No has pensado alguna vez en cambiar, en sentirte una persona como todas, que te vean, te reconozcan, te saluden? No como ahora, que eres invisible, nadie te ve, ni te para, ni sabe que existes.

MARÍA ESTHER: Yo no sé, Lilo, tú hablas muchas bobadas. ¿Y sabes qué? Ya me estás cansando y...

LILO: (*Interrumpiéndola*). ¿Y qué?

MARÍA ESTHER: Es mejor que te vayas.

LILO: No, señor, de aquí no me voy.

MARÍA ESTHER: ¿Cómo es la cosa?

LILO: ¡Que no me voy!

MARÍA ESTHER: ¡Te vas de aquí y punto! (*Toma la cartera y el paraguas. Se dispone a salir*).

LILO: ¿Y si no me voy, qué?

MARÍA ESTHER: Cuando regrese en la madrugada, yo misma te saco a patadas.

LILO: Como mande Su Alteza Real.

MARÍA ESTHER: ¡Necio! (*Sale*).

ESCENA VIII

(Al salir María Esther, Lilo va hacia una de las cajas y saca el árbol de Navidad y el nacimiento. Llueve. Las primeras gotas empiezan a colarse por el techo. Lilo coloca unos peroles para recoger el agua).

LILO: ¡Ni falta que me hace la engreída esa! Total, yo siempre he estado solo desde que nací y nada me ha pasado. Aquí estoy, vivito y coleando. *(Pausa)*. ¡Engreída! *(Pausa)*. Ella se cree la princesa Leticia. ¡La princesa de los chaparros, será! *(Pausa)*. Echarme de su casa, como si esta fuera su casa. *(Entra Sonia. Viene empapada por la lluvia)*.

SONIA: ¿Dónde está Marucha?

LILO: Salió a trabajar.

SONIA: Marucha está loca.

LILO: ¡Más bien requeteloca!

SONIA: ¿Cómo se le ocurre salir con este aguacero? ¿Quién va ir al bar con tanta lluvia?

LILO: Sus clientes. Hoy es 15.

SONIA: ¿Cuáles clientes? Si a Marucha hace tiempo que ya no la busca nadie.

LILO: Según ella, un batallón de clientes la espera, y como ella es tan trabajadora no puede dejarlos esperando.

SONIA: ¡Sí, cómo no!

LILO: Eso fue lo que me dijo.

SONIA: Y el muy tonto se lo creyó. ¿Sabe cómo es la cosa? Que Marucha hace tiempo que vive de la caridad, porque no se le

acercan ni las moscas. ¿Por qué cree que el viejo del bar la tiene amenazada? ¿Porque ya no le da ni pa una caja de cigarrillos, menos para un litro de ron!

LILO: Y lo peor es que se la da de princesa y todo.

(Se oyen truenos. Lluve intensamente).

SONIA: ¡Santa Bárbara bendita, protégenos de todo mal y peligro!

LILO: Deje la alarma, que solo son truenos.

SONIA: Es que usted no sabe, por la radio están diciendo que se están cayendo las casas del otro lado y ya la gente anda alarmada.

LILO: ¿Otra vez con el mismo cuento de la radio?

SONIA: No son cuentos, Lilo, es verdad.

LILO: Puras mentiras de esas que dicen por la radio.

SONIA: Pero es que no es una emisora, son todas.

LILO: Qué importa si es una o son muchas. Si lo dice la radio son cuentos... Si lo sabré yo, que sé de cuentos.

SONIA: Eso es verdad. A ti deberían llamarte Lilo Cuentos.

LILO: Y a usted, vieja escandalosa.

SONIA: ¡Lilo, sin ofensas!

LILO: No son ofensas...

SONIA: Dejémoslo hasta aquí, contigo no se puede.

VOZ EN OFF: ¡Sonia! ¡Sonia! ¡Venga pronto para que oiga esto!

SONIA: ¡Me están llamando! ¡Voy a ver qué pasa! *(Sale)*.

LILO: *(Sigue armando el árbol y el nacimiento)*. ¡Vieja loca! ¡Loca y chismosa! *(Pausa)*. ¿A mí qué me importa si la engreída tiene

clientes o no, si se acuesta con ellos o no? Total, es su herramienta de trabajo, no la mía. ¡Y buena que le salió! Porque pa andar en eso desde los quince años... *(Pausa)*. Si yo lo único que quiero es morirme aquí en la casa, como Dios manda, para ver si puedo ir al cielo como el abuelo. Y para morirme no necesito a nadie que me acompañe, eso lo tengo que hacer yo solo. Ella lo dijo bien claro cuando salí del congelador: “Lilo, mañana vengo por usted, no se me haga el loco ni se me esconda porque igualito me lo voy a llevar”. Eso es lo que me debe preocupar, que ella venga y me encuentre aquí, decente como todo un señor. Lo demás no es problema mío. *(Pausa)*. Y no me voy a ir de aquí. Total, las casas no son de quien las tiene, sino de quien les da calor, las cuida, las limpia y las adorna. *(Mira a su alrededor)*. Miren a la cochina esta, ¿desde cuándo no la limpiaré? Yo la voy a poner bonita, la voy a adornar. Si me da tiempo celebro la Navidad y todo. Si no me da tiempo, no importa, con la intención basta... *(Pausa)*. Y si no le gusta a la engreída, entonces que se vaya. *(Mientras dice esto está arreglando el árbol de Navidad y colocando el nacimiento. Se oye música de Aguinaldos. Al finalizar, Lilo observa satisfecho)*. Buen trabajo, Lilito, qué bueno eres como amo de casa. *(Recoge las cosas)*. ¡Ahora el toque final! *(Busca en otra caja y saca una camisa y unos pantalones viejos y arrugados)*. ¡El último sacrificio de mi vida! *(Sale. Se le oye cantar. Suena música de Navidad. La luz decrece sobre el árbol y el nacimiento)*.

FIN DEL PRIMER ACTO.

SEGUNDO ACTO

ESCENA IX

(Suena música. María Esther entra empapada y llorosa. Se sorprende al ver el rancho arreglado).

MARÍA ESTHER: ¿Y esto? (Pausa). ¡Qué bonito! (Se sienta, como dándose cuenta de algo importante). ¡Se me había olvidado que estamos en Navidad! (Rompe a llorar).

LILO: (Sale Lilo, bañado y vestido. María Esther, al verlo, se seca las lágrimas para no ser vista). ¿Qué pasa, Marucha?

MARÍA ESTHER: (Pausa). ¿Y tú qué haces con esa ropa? ¡Atrevido! La sacaste de la caja.

LILO: Pensé que no servía, como está tan vieja y sucia.

MARÍA ESTHER: Por algo está allí, ¿no crees?

LILO: Está bien, me la quito. (Se va a desvestirse).

MARÍA ESTHER: ¡Espera! No tiene importancia. Hoy nada tiene importancia.

LILO: Era de alguien especial, ¿verdad?

MARÍA ESTHER: No es tu problema.

LILO: (Tomando la guitarra). Bueno, ya me iba.

MARÍA ESTHER: ¿A dónde?

LILO: A la calle. ¿No dijiste que me sacarías a patadas si me encontrabas aquí?

MARÍA ESTHER: Puedes quedarte.

LILO.: ¿Cómo?

MARÍA ESTHER: Lo que oíste, puedes quedarte.

LILO: No era mi intención, pero...

MARÍA ESTHER: No te hagas el tonto.

LILO: Como mande La Princesa.

MARÍA ESTHER: No seas necio.

LILO: Si no es mucho ser estrépito, su majestad dijo que regresaría en la madrugada, ¿por qué regresó tan pronto a palacio?

MARÍA ESTHER: ¡Porque me dio la gana!

LILO: En ese caso no se hable más del asunto. (*Toma la guitarra y canta*).

MARÍA ESTHER: Me botaron.

LILO: ¿Cómo?

MARÍA ESTHER: ¡El viejo mamarracho me botó del bar!

LILO: ¿Por qué?

MARÍA ESTHER: No había clientes y quería que me acostara con él.

LILO: ¡Abusador!

MARÍA ESTHER: Le dije que no y me amenazó. Me puso un cuchillo en el cuello como otras veces, pero esta vez saqué valor y lo enfrenté.

LILO: ¿Te hizo daño?

MARÍA ESTHER: Solo me rasguñó un poco. (*Le muestra el cuello*).
Pero le di unos buenos golpes. Le quité el cuchillo y se lo enterré en la panza.

LILO: ¡En la panza! ¿Lo mataste?

MARÍA ESTHER: No lo sé.

LILO: ¿Y qué hiciste después, Marucha?

MARÍA ESTHER: ¿Qué iba a hacer? Lo dejé ahí tirado y salí corriendo.

LILO: ¿Y nadie te vio?

MARÍA ESTHER: ¡Nadie!

LILO: ¿Cómo estás tan segura?

MARÍA ESTHER: Estábamos solos. Por la lluvia el viejo no abrió el bar.

LILO: (*Saca una toalla y alcohol de una de las cajas y le limpia los rasguños*). ¿Y después?

MARÍA ESTHER: (*No opone resistencia*). Corrí duro y cuando me di cuenta estaba en el centro de la ciudad. Caminé, caminé y después me dije: me voy para la casa. Y sentí un palpito tan bonito cuando me dije eso: me voy para la casa. (*Pausa*). A mi mamá le gustaban mucho los animales, ¿sabes? Tenía patos, conejos, palomas, gallinas, hasta un corderito se compró una vez... Y a todos les hacía su casita, los cuidaba y les buscaba su pareja para que fueran felices.

LILO: ¡Animales felices!

MARÍA ESTHER: (*Sin prestar atención*). Y uno camina por ahí, viendo cómo viven los demás... En esas mansiones hasta los perros tienen sus casas bien pintadas, con techo de machihembrado y todo. Y uno se pregunta, ¿qué pasa con nosotros?

LILO: Las casas no son para todo el mundo, Marucha.

MARÍA ESTHER: Eso es verdad.

LILO: (*Tratando de animarla*). Por eso yo aprendí que una casa es como los zapatos, y así nunca me aflijo.

MARÍA ESTHER: (*Ríe*). ¿Y cómo es eso, Lilo?

LILO: Fácil. Mira, yo pienso que mis zapatos son mi casa, así me hago la idea de que siempre la llevo conmigo.

MARÍA ESTHER: (*Mirándole los pies*). Sí, como no, muy lujosa la casa que te gastas.

LILO: (*Mostrando sus zapatos*). Lo importante de la casa es que uno se sienta feliz en ella.

MARÍA ESTHER: Claro, y como tener unos zapatos es más fácil que tener una casa, me imagino que siempre estarás muy feliz.

LILO: ¡Claro! Por eso es que yo nunca ando descalzo, para no andar desprotegido, ¿me entiendes?

MARÍA ESTHER: No mucho, pero... bueno...

LILO: Cuando me canso me quito los zapatos, me acuesto sobre ellos y listo. A veces la casa se cansa de caminar conmigo, se queda en una esquina a descansar. Yo la dejo tranquila... Y después, cuando anochece, la recojo, me la pongo, y nos vamos juntos a recorrer las calles.

MARÍA ESTHER: (*Ríe*). Está bien, ¿pero nunca has querido tener una de verdad?

LILO: Yo tuve una de verdad.

MARÍA ESTHER: ¿Sí?

LILO: Cuando era niño. (*Pausa*). La casa del abuelo Lucho. Era grande, con patio y jardín. Lo único que me faltó siempre fue la mamá, pero la abuela se encargaba de que yo no me acordara.

MARÍA ESTHER: ¿Y tu mamá, Lilo?

LILO: Se fue detrás de un italiano que era mi papá.

MARÍA ESTHER: ¿Un italiano?

LILO: Sí, un vendedor de pastas. Lo conoció, él la enamoró y le prometió que iba a volver a buscarla para casarse con ella. Ahí aparezco yo. Ella salió embarazada, y cuando dio a luz le dijo a mi abuela que se iba a buscarlo a Italia, que regresaría después por mí. Nunca volvió. Aunque siempre le escribía cartas al abuelo. Cuando aprendí a leer, yo también las leía. Todos los meses mamá escribía cartas y nos contaba cosas. Siempre decía que iba a regresar para Navidad, pero nunca volvió. Los abuelos se acostumbraron y yo también. Aunque a veces me moría de saber cómo era, cómo hablaba, cuál era el color era su pelo...

MARÍA ESTHER: ¿Y la conociste?

LILO: Sí, el día del entierro de los abuelos. La llamaron y vino de Italia. Se vino en un autobús de viajes rápidos.

MARÍA ESTHER: ¿Desde Italia en autobús?

LILO: Claro, le dio tiempo porque a los abuelos los tuvieron como tres días en la morgue después de la explosión.

MARÍA ESTHER: ¿Cuál explosión?

LILO: La que se llevó a los abuelos. Te cuento: en la casa donde vivíamos no había cloacas. Teníamos un pozo séptico tan viejo que cuando se llenó le dijeron al abuelo que tenía que hacer otro. El abuelo dijo: “¿Para qué? Aquí solo viven tres. Como casi no tenemos qué comer, vamos al baño cada quince días. Y si no tenemos para comer mucho menos vamos a tener para hacer otro hueco de esos”. Y no le paró más al asunto. Un buen día empezaron los olores como a gas de cocina, pero más fuertes. Yo fui a hacer un mandado, y cuando venía de regreso sentí la

explosión, vi la mierda volando por los aires. Llenó la cuadra entera. Nadie quería sacar a los abuelos para no llenarse de... bueno, tú sabes. (*Pausa*). Hasta que vinieron los bomberos, los sacaron, los llevaron a la morgue, y allí nadie quería lavarlos, hasta que obligaron a unos enfermeros.

MARÍA ESTHER: (*Ríe*). Puros inventos tuyos, Lilo. Yo no he oído nunca de una explosión de mierda.

LILO: No son inventos, Marucha, créeme.

MARÍA ESTHER: ¿Ahí conociste a tu mamá?

LILO: Sí, cuando estábamos en el cementerio llegó, llorando y gritando. Yo supuse que era ella y me dio como un susto. Después del susto no supe qué decirle y ella tampoco, y ahí fue donde me pareció que no era tan bonita como yo creía, sino más bien fea.

MARÍA ESTHER: ¿Y qué pasó después?

LILO: Nada. Ella se volvió a ir y no la volví a ver más. (*Pausa*). ¿Y tú nunca tuviste una casa de verdad?

MARÍA ESTHER: ¡Claro! Cuando uno es pequeño siempre tiene una casa. Solo que la mía no era tan grande como la tuya y yo si vivía con mis padres.

LILO: ¡Cuéntame!

MARÍA ESTHER: (*Animada*) La casa era pequeña pero con el patio grande, que era donde mamá criaba los animales. Eran muy alegres. Mi mamá se dedicaba a coser para ayudar a papá.

LILO: ¿Era costurera?

MARÍA ESTHER: Sí, pero no cualquier costurera. Era de las finas. Diseñaba y sabía de modas.

LILO: Claro, de allí es que viene tu elegancia...

MARÍA ESTHER: No te burles...

LILO: No es burla, eres muy elegante.

MARÍA ESTHER: Ya no te cuento.

LILO: Me callo. Sigue.

MARÍA ESTHER: A mi papá le gustaba la Navidad, por eso cuando entré aquí hace un rato, me sentí como cuando era niña. Él llegaba con regalos que le traía a mi mamá y a mí. (*Pausa*). Hasta el día que se lo llevaron.

LILO: ¿A dónde?

MARÍA ESTHER: Qué sé yo... Mamá nunca me quiso hablar de eso.

LILO: Pero... ¿quién se lo llevó?

MARÍA ESTHER: Los guardias. Registraron todo el rancho, después se lo llevaron.

LILO: ¿Qué pasó después?

MARÍA ESTHER: Un día mamá recibió una cajita, y cuando la abrió eran sus cositas. Mamá arañó desesperadamente en la cajita, buscaba y buscaba. Ella quería algo más, algo que le dijera que él había pensado en ella, una carta, una letra, una frase, pero... nada. Cuando asimiló que de papá solo quedaba el recuerdo rompió a llorar para siempre, tanto que murió llorando.

LILO: ¿Murió?

MARÍA ESTHER: Sí.

LILO: ¿De qué?

MARÍA ESTHER: De tristeza, de vergüenza, de dolor, qué sé yo.

LILO: (*Interrumpiendo*). Nada mejor para la tristeza que una casa adornada, así decía mi abuela.

MARÍA ESTHER: ¡Tienes razón! (*Va hacia una de las cajas y saca unas luces de Navidad*). Cuando entré, por primera vez en

mucho tiempo sentí que llegué a mi casa, que había alguien esperándome. (*Pausa*). Aquí están las luces, ayúdame a colocarlas. (*Ponen algunos adornos, incluidas las luces.*). ¡Ahora sí está completa!

LILO: No, para que sea una casa de verdad falta...

MARÍA ESTHER: ¿Qué?

LILO: ¡Unos dueños de casa!

MARÍA ESTHER: No estás hablando en serio...

LILO: En serio, en serio no, pero... sí.

MARÍA ESTHER: No empecemos de nuevo.

LILO: No seas mal pensada. Es por el sueño, ¿te acuerdas?

MARÍA ESTHER: ¿Qué sueño?

LILO: El que te conté esta tarde, cuando llegué.

MARÍA ESTHER: ¿El de tu abuelo y el cielo?

LILO: Sí.

MARÍA ESTHER: ¿Y eso qué tiene que ver?

LILO: Que yo en realidad vine aquí fue a pedirte un favor.

MARÍA ESTHER: ¿Un favor?

LILO: Sí.

MARÍA ESTHER: ¿Y por qué no me lo pediste?

LILO: Estabas tan furiosa conmigo que si te lo hubiera pedido me matabas sin contemplación.

MARÍA ESTHER: ¿Y cuál será ese favor?

LILO: Prométeme que no te vas a poner brava.

MARÍA ESTHER: ¿Qué favor, Lilo?

LILO: (*Pausa*). ¡Que te cases conmigo!

MARÍA ESTHER: (*Golpeándolo*). ¡Qué te has creído, engreído!

LILO: ¡Déjame que te explique!

MARÍA ESTHER: No tienes que explicarme nada. No soy bruta.

LILO: No has entendido.

MARÍA ESTHER: Entendí clarito.

LILO: Pero es solo un favor, para que cuando tenga que regresar al congelador y subir otra vez arriba, me dejen pasar a donde está mi abuelo.

MARÍA ESTHER: ¡No te creo!

LILO: Mira, yo lo que quiero es que cuando me pregunten otra vez “¿quién eres tú?”, yo poder decir: “Soy el señor Lilo de Jesús Renault y vengo de morirme en mi casa, junto a mi esposa, que era la señora Marucha”. Solo vine por eso, no es por más nada.

MARÍA ESTHER: ¡No diga bobadas!

LILO: No son bobadas.

MARÍA ESTHER: Todo el mundo se casa por algo, porque está enamorado, por cumplir con la sociedad. No por un piche sueño.

LILO: Nosotros somos diferentes, Marucha.

MARÍA ESTHER: No me digas.

LILO: Ellos, son todo el mundo.

MARÍA ESTHER: ¿Y nosotros qué somos?

LILO: Nosotros somos nadie, y cuando se es nadie no se piensa como los demás. Uno es libre de pensar como quiera, ¿o qué crees?,

¿que si fuéramos todo el mundo y pensáramos como nadie, nos aceptarían? ¡Claro que no!

MARÍA ESTHER: Y entonces, señor Don Nadie, ¿por qué usted se quiere casar?

LILO: Ya te lo dije, por lo del sueño.

MARÍA ESTHER: ¿Seguro que es solo por eso?

LILO: Claro, no pensarás que es por otra cosa, o que yo estoy enamorado de ti con lo amargada que eres. Aunque ya no me pareces tanto. Cuando te ríes te ves bonita.

MARÍA ESTHER: ¿Y qué te has creído, que voy a enamorarme de un inventor como tú? ¡No faltaba más!

LILO: No seas atravesada. Mira, yo solo quiero saber qué se siente ser una persona de verdad, con una casa, una Navidad y una esposa a su lado. Además, no será por mucho tiempo, es solo por el día de hoy.

MARÍA ESTHER: ¿Solo por el día de hoy?

LILO: Sí, mañana ella vendrá a buscarme.

MARÍA ESTHER: Ella. ¿Quién es ella?

LILO: La Pelona.

MARÍA ESTHER: Estás loco.

LILO: (*Suplicando*). Ayúdame, Marucha, ¿qué te cuesta?

MARÍA ESTHER: Es que no creo que sea buena idea.

LILO: Te prometo que solo será por el día de hoy.

MARÍA ESTHER: Deja la robadera, Lilo.

LILO: Por favor, Marucha, ayúdame.

MARÍA ESTHER: (*Pausa*). Está bien, lo haré, pero que conste que lo hago solo por ayudarte.

LILO: Gracias, yo sabía que eras mi amiga de verdad.

MARÍA ESTHER: Lo hago porque dicen que a los enfermos hay que ayudarlos a morir tranquilos.

LILO: Así vas aprendiendo para cuando te toque.

MARÍA ESTHER: Muy gracioso.

LILO: Entonces... ¿Nos casamos?

MARÍA ESTHER: Pero recuerda que es de mentira. Solo para que cumplas con ese requisito.

LILO: ¡Está bien! (*Sin darle tiempo a que María Esther se reponga, Lilo va hacia el cuarto a buscar el vestido de Margarita*). Lo primero que hay que hacer es buscar el traje de novia.

MARÍA ESTHER: No, recuerda que no se debe ver a la novia con el vestido antes de la boda. Es mala suerte. Además, es de Margarita y nunca me ha gustado ponerme ropa prestada, así que olvida lo del vestido.

LILO: Esta bien. ¿Pero sí aceptas una despedida de solteros?

MARÍA ESTHER: (*Ríe*). ¿Una despedida de solteros?

LILO: ¡Claro! La haremos sencillita. Con esta lluvia no podemos repartir tarjetas de invitación, así que lo haremos para los dos. Ya verás. Primero yo toco una canción para ti. (*Toma la guitarra y le dedica una canción que finalizan cantando los dos. Al concluir, María Esther aplaude*). ¡Ahora te toca a ti!

MARÍA ESTHER: Yo no sé cantar.

LILO: No. Tú bailarás para mí.

MARÍA ESTHER: ¿Bailar?

LILO: Sí, baila.

MARÍA ESTHER: No, señor. (*Música. Lilo la induce. María Esther baila. Al terminar, Lilo aplaude*). Ahora sí, ¡la boda!

MARÍA ESTHER: ¿Y el cura?

LILO: ¿Cura? Eso es en la boda de los demás, nosotros no necesitamos eso. Además, recuerda que “donde estén dos reunidos en su nombre, ahí estará él”. Eso quiere decir que él está aquí, junto a nosotros en este momento.

MARÍA ESTHER: Es verdad, mi mamá también me lo decía: “Marucha, cuando quieras sentir que tu padre está contigo, solo cierra los ojos”.

LILO: ¡Entonces cierra los ojos!

MARÍA ESTHER: (*Cerrando los ojos*). ¡Ya está!

LILO: Arrodíllate. (*María Esther se arrodilla. Lilo la sigue. Suena música*). Dame la mano. (*Pausa*). María Esther Buenaventura, ¿me aceptas como tu esposo?

MARÍA ESTHER: Sí, acepto. (*Pausa*). Lilo de Jesús Renault, ¿me aceptas como tu esposa?

LILO: ¡Sí, acepto! (*Pausa. Abren los ojos. Se levantan*). ¡Ya está!

MARÍA ESTHER: (*Siguiendo el juego*). ¡El arroz, el brindis! ¡Espera! (*Va a la cocina. Coloca el arroz*). ¡El arroz! ¡Tenemos que salir!

LILO: ¡Nos vamos a mojar!

MARÍA ESTHER: ¡No importa! ¡Es solo un momento! ¡El arroz es buena suerte! ¡Larga vida para los novios! (*Salen. Entran nuevamente. María Esther lanza el arroz*). ¡Que vivan los novios!

LILO: (*Saca una botella de licor que ha mantenido a escondidas de María Esther*). ¡El brindis! No hay boda sin brindis. (*Toman dos trastos viejos y hacen el brindis. Ríen. Música. Se oye la lluvia*).

LILO: Cuando alguien se casa, el novio lleva a la novia hasta la cama.

MARÍA ESTHER: Será para que te revientes y después me culpen a mí, porque nadie va a creer que ya estabas listo. (*Pausa*). Cambiaremos las reglas. (*Intenta levantarlo en brazos. Lilo se resiste*).

LILO: ¡No, Marucha! ¡Cuidado, que me lastimas! (*Llueve intensamente*).

LILO: ¡Ahora viene el beso!

MARÍA ESTHER: ¿El beso?

LILO: Pero no te preocupes, que será un beso de mentira. (*Lilo la toma para besarla. Entra Margarita, interrumpiendo*).

ESCENA X

(*Entra Margarita, viene empapada y cubierta de lodo*).

MARGARITA: ¡Dame mi vestido!

MARÍA ESTHER: ¿Qué pasa?

MARGARITA: ¡Quiero mi vestido!

MARÍA ESTHER: Cálmate y dime qué pasa.

MARGARITA: Tenemos que salir de aquí.

MARÍA ESTHER: Pero acordamos esperar hasta mañana.

MARGARITA: No voy a esperar hasta mañana.

MARÍA ESTHER: ¿Son los guardias otra vez?

MARGARITA: No, somos nosotros.

LILO: ¿Nosotros? Nosotros no tenemos la culpa de nada.

MARÍA ESTHER: ¡Lilo!

MARGARITA: Las noticias no son buenas, dicen que en otros barrios la cosa está peor.

LILO: ¡Las noticias!, como si dijeran la verdad.

MARGARITA: (*Corre, toma el vestido y se dispone a salir*). No voy a quedarme aquí a esperar que esto se venga abajo. Yo me voy.

SONIA: (*Viene agitada*). ¡Marucha! (*Al ver a Margarita*). ¿A dónde se supone que vas, muchachita?

MARGARITA: A los refugios que están al otro lado de la ciudad. Allí esperaremos que pase todo y luego ya veremos.

SONIA: ¿Esperaremos? O sea, ¿qué no te vas sola?

MARGARITA: Claro que no, mamá, me voy con él.

SONIA: (*La golpea*). ¡Desvergonzada! No sabes ni siquiera lo que es lavar un plato y ya quieres desgraciarte la vida.

MARGARITA: ¿Y tú qué edad tenías cuando te fuiste con mi padre?

SONIA: Por eso es que te lo estoy diciendo, porque yo sé lo que es eso.

MARGARITA: No hay tiempo para discutir, mamá, tenemos que salir de aquí.

SONIA: No voy a caer en tu juego, dije que esperaría hasta mañana y esperaré.

MARGARITA: No podemos esperar, de un momento a otro esto se vendrá abajo y será peor.

MARÍA ESTHER: ¡No digas eso!

SONIA: Te estás aprovechando de la situación para irte con el malandro ese.

MARGARITA: No, mamá, la situación es grave. Salgamos antes de que sea demasiado tarde.

SONIA: ¿Tarde para qué?

MARGARITA: Para seguir viviendo, mamá, para eso.

SONIA: ¡Qué sabes tú de vivir!

MARGARITA: A lo mejor no sé, como tú dices, pero quiero saber. ¿Y sabes por qué? Porque tengo ilusiones. Necesito tenerlas, mamá, ¿no entiendes? Me rehusó a creer que el mundo se limite a este pedazo de rancho al que tanto te aferras. Mamá, debe haber algo mejor para nosotros que este montón de bloques y cajas vacías.

SONIA: ¡Nada más hay para nosotras, hija!

MARGARITA: Las cosas van a cambiar, yo lo presiento, mamá, y necesito aferrarme con todas mis fuerzas a este presentimiento.

SONIA: ¡Te equivocas!

MARGARITA: A lo mejor me equivoco como tú dices, pero ¿cómo saberlo si me quedo aquí para quedar atrapada con todo esto?

SONIA: Pero, ¿quién te metió eso en la cabeza? ¡Eres una niña! ¡En medio de todo no te ha faltado nada!

MARGARITA: No se trata de eso, tú me los has dado todo y te lo agradezco...

SONIA: Estás solo a seis meses de sacar el bachillerato y...

MARGARITA: "... cuando te gradúes nos iremos de aquí". Me sé ese cuento. Pero crecí, mamá, y tengo derecho a elegir.

SONIA: La vida no es como tú piensas, hija, yo solo quiero protegerte de...

MARGARITA: No puedo vivir atada a tus miedos, a tu historia, a un papá imaginario que volverá algún día, cuando sabemos que no vendrá. Tengo que luchar por mi propia historia, mamá, entiéndelo. (*Pausa*).

MARÍA ESTHER: (*Mediando entre ambas*). Pero, ¿y lo que te dijo el gobernador, que lo resolvería todo mañana?

MARGARITA: ¡No va a venir!

MARÍA ESTHER: ¿Cómo estás tan segura?

MARGARITA: Porque no sucederá.

SONIA: ¿Lo inventaste, verdad? ¡Contesta! ¡Lo inventaste!

MARGARITA: (*Gritando*). ¡Sí, lo inventé!

MARÍA ESTHER: ¿Pero por qué hiciste eso?

MARGARITA: Porque quería mantener viva la esperanza, la tuya, la mía. Porque quería sentirme interesante. Por eso.

SONIA: Y porque querías ganar tiempo para esto, ¿verdad? ¡Contesta!

MARGARITA: ¡Tal vez!

SONIA: Claro, ahora te aprovechas para exagerarlo todo y largarte con ese delincuente, cuando sabes que esto no es tan grave.

MARGARITA: ¿No es grave? ¿No es grave y la lluvia no para? ¿No es grave y tenemos una orden de desalojo hace una semana porque decretaron el cerro zona de riesgo? ¿No es grave y en los barrios vecinos ya están desalojando porque las casas se están cayendo? Entonces, ¿a qué llamas tú gravedad, mamá?

MARÍA ESTHER: ¡Santa Bárbara bendita! ¿Qué está diciendo esta niña?

MARGARITA: Si ustedes quieren, quédense hasta mañana. ¡Yo me voy!

SONIA: ¡No puedes hacerme esto, Margarita!

MARGARITA: Lo único que tenemos nosotros es la esperanza y nadie va a venir a robármela. (*Toma el vestido y sale.*)

SONIA: ¡Margarita! ¡Margarita! Te lo dije, María Esther, te dije que no era broma. (*Sale detrás de Margarita.*)

MARÍA ESTHER: (*A Lilo.*) ¡Voy a ver qué es lo que está pasando! (*Sale. Lilo toca y canta. Llueve.*)

ESCENA XI

(*La lluvia se ha incrementado. Se oyen gritos, gente que corre. Afuera todo es confusión. Lilo canta alegre. Entra María Esther.*)

MARÍA ESTHER: (*Desesperada, corre a empacar en una de las cajas.*) ¡Tenemos que irnos de aquí, Lilo!

LILO: ¿Irnos? ¿A dónde?

MARÍA ESTHER: ¡A donde sea! ¡No sé, a la calle! ¡A los refugios!

LILO: (*Con serenidad.*) Marucha, hace tiempo que yo encontré mi refugio y no pienso abandonarlo.

MARÍA ESTHER: ¡Esta vez hablo en serio, Lilo!

LILO: (*Sin dejar de tocar.*) ¡Yo también!

MARÍA ESTHER: Eso afuera está muy feo, el cerro está a punto de deslizarse. Si se cae todos los ranchos se vendrán abajo.

LILO: ¡Este no se caerá!

MARÍA ESTHER: ¿Y qué privilegio tenemos? ¡Si se puede saber!

LILO: ¡Tiene una familia, un árbol de Navidad, luces!

MARÍA ESTHER: ¡No digas boberías! (*Sin dejar de guardar cosas en la caja*).

LILO: ¿Para qué guardar cosas? Dónde uno va no necesita nada, allá todo es liviano.

MARÍA ESTHER: Deja de hablar tonterías y salgamos.

LILO: ¡No voy a salir!

MARÍA ESTHER: No te pongas necio, Lilo, ahora no, por favor.

LILO: ¡Hoy tengo una cita con ella!

MARÍA ESTHER: ¡Son puras fantasías!

LILO: Tú sabes que no. Ella vendrá, a donde yo vaya me encontrará.

MARÍA ESTHER: No perdamos más tiempo, tenemos que irnos antes de que sea demasiado tarde.

LILO: Para mí ya es tarde.

MARÍA ESTHER: ¡Deja de hablar y salgamos!

LILO: Ya hiciste todo lo que podías hacer por mí, ahora vete.

MARÍA ESTHER: ¡No me voy a ir!

LILO: No seas terca, mujer. (*Pausa corta. Lilo cae al piso*).

MARÍA ESTHER: ¿Qué te pasa? (*Lo toma en brazos*). ¡Reacciona! Solo esto faltaba. Yo sabía que se iba a morir, el muy sarnoso. (*Le echa aire. Cuando está más angustiada, Lilo la toma y la besa. Ella reacciona violentamente*). ¡Condenado demente! Es que si no fuera porque nos tenemos que ir, te mato yo misma a golpes.

LILO: (*Ríe*). ¡Te ves bonita cuando te molestas! (*Entra Sonia, desesperada*).

SONIA: ¡Tenemos que irnos!

MARÍA ESTHER: Lilo no quiere irse y no voy a dejarlo aquí.

SONIA: ¡No es momento de bromas, Lilo!

LILO: No es broma. ¿A dónde puedo ir en estas condiciones?

SONIA: Haz un esfuerzo, nosotras te ayudaremos.

LILO: ¡Aunque quisiera no llegaría muy lejos!

SONIA: Apóyate en mí, Lilo.

LILO: Es inútil. ¡Ella tiene mil ojos como la miseria y me encontrará donde sea!

MARÍA ESTHER: ¿Ves cómo no se quiere ir? ¿Qué hago, Sonia?

SONIA: Déjalo aquí, está loco.

LILO: Si estuviera loco no hubiera tocado el cielo con los dedos hace un rato, cuando besé a Marucha.

MARÍA ESTHER: Por lo que más quieras, Lilo, salgamos.

LILO: ¡No puedo!

MARÍA ESTHER: Entonces me quedaré contigo.

SONIA: ¿Qué? ¿Te volviste loca tú también?

LILO: ¡No puedes hacer eso!

MARÍA ESTHER: ¡Ahora soy tu esposa!

SONIA: ¿Cómo es la cosa?

LILO: Eso era de mentira.

MARÍA ESTHER: Las mentiras más bonitas son las que uno se cree.

LILO: ¡Solo era un favor!

MARÍA ESTHER: Para ti, no para mí.

SONIA: ¿De qué están hablando?

LILO: Solo era un favor, un juego.

MARÍA ESTHER: Un favor se hace completo o no se hace.

SONIA: ¡Ya es suficiente! ¡Tenemos que irnos!

MARÍA ESTHER: ¡No lo voy a dejar solo aquí, Sonia!

SONIA: ¡Vamos, Marucha, déjalo!

MARÍA ESTHER: ¡No!

SONIA: Él no tiene nada que perder. Ya está muerto, pero tú...

LILO: Ella tiene razón, Marucha, vete.

VOZ EN OFF: ¡Sonia! ¡Sonia! ¡Tenemos que irnos! ¡Sonia!

SONIA: *(Toma a María Esther y la empuja hacia la calle)*. ¡Vamos, María Esther!

MARÍA ESTHER: *(Saliendo a empujones)*. ¡Por lo que más quieras, Lilo, salgamos! ¡Lilo! ¡Lilo! ¡No puedo dejarte aquí!

SONIA: ¿Cómo que no? *(La saca a la fuerza. Todo es confusión afuera. Lilo canta y baila una canción de Navidad. Pausa larga. María Esther entra empapada y llena de lodo. Lilo, eufórico, baila. Pausa corta)*.

LILO: ¿Por qué regresaste?

MARÍA ESTHER: ¡Por tu sueño!

LILO: ¿Mi sueño?

MARÍA ESTHER: ¡Para que te crean! ¡Cómo eres tan inventor pueden pensar que son cuentos! *(Todo se estremece)*.

MARÍA ESTHER: *(Desesperada)*. ¡Tengo miedo!

LILO: ¡Todo pasará pronto! ¡Bailemos!

MARÍA ESTHER: ¡Tienes razón, bailemos!

(Suena música de Navidad. Se abrazan, bailan, ríen a carcajadas. Todo se derrumba. Lo último en caerse será el árbol de Navidad. Cae el telón).

FIN DEL SEGUNDO ACTO.

II. El nido de los ángeles

PERSONAJES

VÍCTOR

ÁNGELA

ROCÍO

JOSÉ MANUEL VILLAMIZAR

LUCÍA VILLAMIZAR

ENFERMERA

COMANDANTE

JUAN

POLICÍA

“Dos sexagenarios dementes fueron abatidos por funcionarios policiales, al momento de intentar robar una prestigiosa joyería. Las joyas resultaron ser falsas, al igual que las pistolas que usaron para el atraco, se detecto que eran de juguete.”

DIARIO PANORAMA

ESCENA I

(Iluminación de penumbra. La acción transcurre bajo un puente. El espacio está atiborrado de trastos viejos, metales, máscaras, trajes viejos antiguos, afiches desgastados, un fogón formado por tres piedras, etc. Hay un saco lleno de trapos en cuya punta se divisa un perro de peluche. Destacan en el espacio unos pipotes de metal, uno está parado y los demás tumbados, dando la sensación de túnel. Víctor y Ángela ríen y corren por el espacio. Visten ropas extravagantes y viejas. Víctor se esconde detrás de uno de los pipotes y empieza a contar. Ángela recorre el espacio en puntillas, toma una de las máscaras del suelo y se la coloca, se sienta sobre uno de los pipotes. La luz sube progresivamente para dar inicio a la escena).

VÍCTOR: *(Contando)* Treinta y siete, treinta y ocho, treinta y nueve, cuarenta... ¡Allá voy!

ÁNGELA: ¡Adivina, adivinador!

VÍCTOR: ¡Sin trampa!

ÁNGELA: Está bien, empieza.

VÍCTOR: ¿Qué escondes debajo de la máscara?

ÁNGELA: ¡Nada!

VÍCTOR: *(Sonriendo)*. ¡La nada no se puede esconder!

ÁNGELA: *(Siguiendo el juego)*. Entonces... ¡el hambre!

VÍCTOR: ¡No puede ser!

ÁNGELA: ¿Por qué?

VÍCTOR: ¡El hambre no se puede esconder!

ÁNGELA: (*Molesta*). ¡Claro que sí!

VÍCTOR: ¡No, porque se te ve por encima de la ropa!

ÁNGELA: ¡Entonces la tristeza! ¡Escondo la tristeza!

VÍCTOR: ¡Tampoco!

ÁNGELA: ¡La tristeza sí se puede esconder debajo de la máscara!

VÍCTOR: Depende.

ÁNGELA: ¿De la máscara?

VÍCTOR: ¡No, de la tristeza!

ÁNGELA: ¿Cómo?

VÍCTOR: Si la tristeza es pequeña como la de una hormiga, eso puede ser, porque una tristeza así solo se manifiesta en el rostro. Le colocas una máscara alegre y la tapas, nadie se da cuenta.

ÁNGELA: ¿Y si la tristeza es grande como la miseria?

VÍCTOR: Ahí si estamos jodidos, porque la tristeza grande de la miseria se instala en todo el cuerpo. Así le tapes el rostro con una máscara alegre, ella sale por todos lados y se manifiesta.

ÁNGELA: ¿Y la vejez se puede esconder debajo de la máscara?

VÍCTOR: Cuando la vejez está sola, puede ser.

ÁNGELA: ¿Y eso qué quiere decir?

VÍCTOR: Que la tuya no se puede esconder.

ÁNGELA: ¿Por qué?

VÍCTOR: Porque tiene compañía.

ÁNGELA: ¿Y eso qué tiene que ver?

VÍCTOR: ¡Que cuando la vejez tiene compañía casi ni se siente!

ÁNGELA: ¿Y?

VÍCTOR: ¡No la puedes esconder debajo de la máscara! Pero...

ÁNGELA: ¿Pero qué?

VÍCTOR: ¡Algo que sea más pequeño sí!

ÁNGELA: ¿Como qué?

VÍCTOR: *(Pausa)*. ¡Una arruga!

ÁNGELA: *(Molesta)*. Yo no escondo una arruga de mi vejez debajo de mi máscara.

VÍCTOR: *(Contento)*. ¡Eso, es eso, escondes una arruga! ¡Gané! ¡Gané!

ÁNGELA: *(Quitándose la máscara)*. ¡Tramposo! ¡Tú viste cuándo me la coloqué!

VÍCTOR: ¡¿Cómo te iba a ver si aún no me había puesto los ojos?!

ÁNGELA: ¡Claro que te los habías puesto!

VÍCTOR: Mentira, porque aún no me había dibujado la cara.

ÁNGELA: ¡Eres un tramposo! ¡Tramposo y malamañoso!

VÍCTOR: ¡Y tú una inconforme! No quieres perder.

ÁNGELA: ¡Eso es mentira! *(Haciendo “pucheros”)*. Es que más nunca he vuelto a ganarte.

(Ángela molesta, se aparta. Va hacia el fogón, coloca una vieja olla y empieza a colocar metales en ella).

VÍCTOR: *(Molesto)*. ¿Vas a empezar de nuevo?

ÁNGELA: *(Colocando tierra en la olla)*.

VÍCTOR: ¿Lo haces para fastidiarme, verdad?

ÁNGELA: *(Le hace mofa).*

VÍCTOR: ¡Sabes que no me gustan esas verduras!

ÁNGELA: *(Sin prestarle atención).* ¡Están fresquecitas! ¡Me las traje ayer el correo!

VÍCTOR: Tendrás que comértelas tú sola.

(Se inicia un alboroto que mezcla disparos, sirenas de patrullas, piedras que se deslizan. Víctor y Ángela corren asustados por el espacio y se esconden en los pipotes).

VOZ EN OFF: ¡Nos agarran! ¡Corre... corre!

(Se intensifican los disparos).

VOZ EN OFF: ¡Levántate, levántate, leván...!

(El alboroto poco a poco desaparece. Víctor y Ángela salen cautelosos. Pausa larga. Víctor va hacia uno de los pipotes y saca un inmenso rollo de papel que empieza a extender por el espacio. Silba para llamar la atención de Ángela).

ÁNGELA: *(Acercándose curiosa).* ¿Qué es eso?

VÍCTOR: *(Impidiéndole el paso).* ¡Adivina, adivinador!

ÁNGELA: ¡Una morcilla de papel!

VÍCTOR: ¡No!

ÁNGELA: ¡Una hamaca de papel!

VÍCTOR: ¡Tampoco!

ÁNGELA: ¡Alfombra de papel!

VÍCTOR: ¡Menos!

ÁNGELA: ¡Autopista de papel!

VÍCTOR: ¿Alguna vez has visto una autopista de papel?

ÁNGELA: ¡Claro que la he visto!

VÍCTOR: ¡Mentirosa!

ÁNGELA: (*Molesta*). ¡No soy mentirosa!

VÍCTOR: Entonces di la verdad.

ÁNGELA: Está bien, no la he visto...

VÍCTOR: ¿Te fijas cómo tengo la razón?

ÁNGELA: Pero la otra vez un señor dijo en la plaza que aquí solo existían autopistas de papel, así que no me digas que es mentira.

VÍCTOR: Ese razonamiento es válido, entonces no eres mentirosa.

ÁNGELA: ¡Me rindo! ¡Dime qué es!

VÍCTOR: Siempre te rindes...

ÁNGELA: Me fastidia adivinar.

VÍCTOR: Después dices que nunca ganas una.

ÁNGELA: Es verdad.

VÍCTOR: Es que te rindes muy rápido.

ÁNGELA: Si pienso mucho después me duele la cabeza.

VÍCTOR: ¡Haz un esfuerzo!

ÁNGELA: No quiero, dime qué es...

VÍCTOR: (*Apartándose*). ¡Está bien, mira!

ÁNGELA: Yo no veo nada.

VÍCTOR: Claro, es que no te has puesto los ojos.

ÁNGELA: ¡Se me había olvidado! (*Se coloca un antifaz que toma del suelo*).

VÍCTOR: ¿Ahora lo ves?

ÁNGELA: Veo muchas rayitas y puntitos... ¿Qué es?

VÍCTOR: ¡El plano!

ÁNGELA: ¿Y cómo lo conseguiste?

VÍCTOR: ¡Me lo trajeron unas palomas mensajeras que pasaron esta tarde! (*Levanta el papel que ha estado tirado en el suelo y lo coloca en un tubo que le servirá de paral*). Déjame que te explique el plan. (*Toma un tubo de cartón que usa de larga vista y empieza a observar el supuesto plano*).

ÁNGELA: (*Quitándose el antifaz*). ¡Cuéntame!

VÍCTOR: (*Observando el plano*). Aquí está el túnel que conduce al patio... Esto que ves aquí es el pasillo...

ÁNGELA: ¿Y este cuadrito?

VÍCTOR: Ese cuadrito es el sótano (*señalando el papel*), y esto es la antesala a la joyería.

ÁNGELA: ¿Dónde están los perros?

VÍCTOR: Los perros no serán problema...

ÁNGELA: ¿Por qué estás tan seguro?

VÍCTOR: ¡Porque soy domador de perros rabiosos!

ÁNGELA: (*Riendo*). ¿Desde cuándo?

VÍCTOR: Desde que trabajé en el correo.

ÁNGELA: Cuéntame eso.

VÍCTOR: Fíjate, yo llegaba con las cartas, me bajaba de la bicicleta, traspasaba la primera puerta y de pronto salía el animal con ladridos furiosos, enseñándome los dientes, y yo tranquilo, sin moverme y sonreído.

ÁNGELA: ¿Sonreído?

VÍCTOR: Claro, para que viera que no le tenía miedo.

ÁNGELA: ¿Y eso por qué?

VÍCTOR: Porque los perros son como los políticos.

ÁNGELA: ¿Ladrones?

VÍCTOR: ¡No, escandalosos!

ÁNGELA: ¿Y eso qué tiene que ver?

VÍCTOR: Que no hay que demostrarles miedo.

ÁNGELA: ¿Por qué?

VÍCTOR: Porque a ellos les gusta sentirse superiores.

ÁNGELA: ¿Y?

VÍCTOR: Hay que desarmarlos.

ÁNGELA: ¿No mostrándoles miedo?

VÍCTOR: ¡Claro!

ÁNGELA: ¿Y qué tiene que ver el miedo?

VÍCTOR: ¡Mucho! Verás... cuando uno les demuestra miedo, el ego se les ensancha y ahí hacen con uno lo que quieren, pero si uno no les demuestra miedo ellos se quedan paralizados, por lo menos mientras exploran el terreno, y en ese momento uno aprovecha para domarlos.

ÁNGELA: ¿Y los políticos se pueden domar?

VÍCTOR: ¡Negativo!

ÁNGELA: (*Sonreída*). ¿Y cómo domabas a los perros?

VÍCTOR: Cuando sentían que yo los miraba con valentía entraban en confusión. Yo me ponía el traje de mente poderosa y telepáticamente les ordenaba que se sentaran.

ÁNGELA: ¿Y se sentaban?

VÍCTOR: ¡Claro! Ese traje es infalible.

ÁNGELA: ¿Y qué hacías después?

VÍCTOR: Aprovechaba para entregar el correo, luego me montaba en mi bicicleta y pedaleaba durísimo.

ÁNGELA: ¿Y el perro?

VÍCTOR: Cuando el perro salía de la parálisis ya yo estaba entrando al cielo.

ÁNGELA: ¿Y con este perro tan furioso funcionará?

VÍCTOR: ¡Claro que funcionará!

ÁNGELA: ¿Y si no funciona?

VÍCTOR: ¡Utilizaremos esto!

ÁNGELA: ¿Y eso qué es?

VÍCTOR: ¡Una merengada para perros!

ÁNGELA: ¡Un “duermeperras”!

VÍCTOR: ¡Eso mismo, un “duermeperras”!

ÁNGELA: (*Sonreída*). ¡Té estas burlando de mí!

VÍCTOR: ¡No me burlo!

ÁNGELA: ¡Sí te burlas!

VÍCTOR: Tienes razón, me burlo.

ÁNGELA: ¡Así está mejor!

VÍCTOR: (*Vuelve a examinar el supuesto plano*). Fíjate (*va hacia uno de los pipotes de metal y quita una lata de zinc circular que sirve de tapa*), quitamos la tapa de la alcantarilla. (*Se introduce en el pipote*). Bajamos.

ÁNGELA: Espera...

VÍCTOR: ¿Qué pasa?

ÁNGELA: ¡Olvidaste cambiarte de cara!

VÍCTOR: ¡Qué olvido! ¡Con esta me reconocerían de inmediato!

ÁNGELA: (*Toma una media de nailon con dos huecos a la altura de los ojos, se la coloca y luego le pone un antifaz*). ¡Así está mejor!
¡Te acompaño! (*Toma una máscara y se la coloca*).

VÍCTOR: Apúrate, que esta alcantarilla huele mal.

ÁNGELA: Un momento. (*Toma una vieja linterna que se encuentra entre los trastos, se introduce en el pipote de metal*). ¡Vamos!
(*Enciende la linterna*).

(*La luz decrece. El espacio está en penumbras. Vemos como Ángela y Víctor se deslizan por los pipotes de metal mientras oímos los siguientes parlamentos*):

VÍCTOR: ¡Apoya los codos y deslízate suave!

ÁNGELA: ¡Es lo que trato de hacer!

VÍCTOR: ¡Es la hora de las lechuzas, cállate!

ÁNGELA: Se me había olvidado.

VÍCTOR: (*Se oye el ruido de los pies que rozan y se ve la luz de la linterna en el interior del metal. Salen por el otro extremo*). ¡El patio!

VÍCTOR: (*Juntos retiran la lata de zinc y pasan a otro espacio*). ¡Colócate los zapatos de pluma para no hacer ruido!

ÁNGELA: ¡Se me quedaron!

VÍCTOR: ¿Y ahora qué hacemos?

ÁNGELA: Camina suave y despacio, sin hacer ruido. (*En puntillas se deslizan por el espacio*). ¡Con cuidado!

VÍCTOR: (*En susurro*). ¡Deja la alharaca!

ÁNGELA: ¡Cuidado con esa pared!

VÍCTOR: (*Tropezando con una pared imaginaria*). ¡Caramba!

ÁNGELA: ¡Torpe! (*Se deslizan*).

VÍCTOR: Mira, la antesala a la joyería.

ÁNGELA: (*Asustada*). ¡Y ahí están los perros!

VÍCTOR: ¡Ya verás lo brillante que soy! (*Se coloca junto a un bulto de ropa donde sobresale un peluche raído frente al cual empieza a bailar*). ¡Soy valiente! ¡No les temo!

ÁNGELA: ¡Increíble!

VÍCTOR: ¡Entra a la joyería! ¡Los perros no durarán mucho tiempo hipnotizados!

ÁNGELA: ¡Olvidaste darme la llave!

VÍCTOR: (*Toma un hueso del suelo y se lo lanza*). Toma, es la llave maestra, ¡abre!

ÁNGELA: Ten cuidado, los perros mueven la cola.

VÍCTOR: Recuerda lo que te expliqué.

ÁNGELA: Sí, no debo mostrarles miedo.

VÍCTOR: Eso es, míralos a los ojos.

ÁNGELA: ¡Vienen para acá! ¡Cuidado!

VÍCTOR: (*Sobresaltado*). ¡No seas tonta, cállate!

ÁNGELA: (*Asustada*). ¡Nos van a morder!

VÍCTOR: (*Molesto*). ¡Quédate tranquila, no te muevas!

ÁNGELA: ¡Hipnotízalos, viejo, hipnotízaloos!

VÍCTOR: (*Indeciso, sin saber qué hacer*). ¡Caramba, estos perros son unos tigres!

ÁNGELA: ¡Míralos, viejo, no les demuestres miedo!

VÍCTOR: ¡Esto no funciona! ¡Los estoy mirando!

ÁNGELA: ¡Entonces corre!

VÍCTOR: (*Enfrentando a los supuestos perros*). ¡No me voy a dejar vencer por sus dientes! (*Zigzagueando*). ¡Soy un hueso duro de roer! (*Cae al suelo*). ¡Ayúdame, que me muerden!

ÁNGELA: ¿Qué hago?

VÍCTOR: ¡Saca el atomizador!

ÁNGELA: ¿Dónde está?

VÍCTOR: ¡Búscalos!

(Ángela se desliza por los pipotes y sale por el otro extremo. Ángela busca el atomizador mientras Víctor forcejea y lucha enredado con el saco. Ángela regresa con el atomizador).

ÁNGELA: (*Rociando el spray sobre el saco*). ¡Perros atrevidos!

VÍCTOR: ¡Apúrate!

ÁNGELA: ¡No funciona!

VÍCTOR: ¡Entonces corre!

(Los dos se introducen por los pipotes y se deslizan rápidamente y salen por el otro extremo. Se les ve cansados).

ÁNGELA: *(Quitándose la máscara)*. ¡Qué susto!

VÍCTOR: *(Quitándose la máscara)*. ¡Esos perros son unas fieras! *(Se oyen ruidos de pasos entre el metal)*.

VÍCTOR: Escucha, alguien está bajando...

ÁNGELA: ¡Es Rosario! ¡Viene por lo de la inyección!

VÍCTOR: ¿Qué inyección?

ÁNGELA: ¡La tuya!

VÍCTOR: ¿La mía?

ÁNGELA: ¡La que te recetaron para el hambre!

VÍCTOR: *(Asustado)*. ¡No la quiero!

ÁNGELA: *(Burlándose)*. ¡Pero ella te quiere a ti!

VÍCTOR: ¡Dile que hoy no!

ÁNGELA: ¡Hoy sí!

VÍCTOR: Con toda la comida que nos hartamos la semana pasada, ya me siento mejor.

ÁNGELA: Yo también, aunque ayer me dio un poco de hambre.

VÍCTOR: ¿Y cómo hiciste?

ÁNGELA: Saqué un poquito de la olla y me la comí.

VÍCTOR: Entonces dile que te ponga la inyección a ti. Yo no he sentido hambre por estos días.

ÁNGELA: ¡Miedoso! (*Víctor se pasea nervioso*).

ESCENA II

(*Entra Rocío. Es una mujer joven. Trae unas viandas y un maletín de primeros auxilios*).

ROCÍO:: Creí que no estaban.

ÁNGELA: ¡Es que estábamos durmiendo!

ROCÍO:: ¡Adivinen qué les traigo hoy!

VÍCTOR: No me interesa.

ROCÍO: ¡Adivina, adivinador!

ÁNGELA: ¡Pollo horneado!

ROCÍO: ¡No!

ÁNGELA: ¡Bistec de pavo!

ROCÍO: ¡No!

ÁNGELA: Me rindo. ¿Qué es?

VÍCTOR: ¿Qué va a ser? ¡Arroz con frijoles, como siempre!

ROCÍO: (*Colocándoles las viandas*). ¡Malagradecido!

ÁNGELA: ¡Son mis preferidos!

VÍCTOR: ¡Mentirosa! (*Señalando la olla del fogón*). Tú prefieres el jugo de tornillos ese que estás cocinando ahí.

ROCÍO: (*Va hacia el fogón y empieza a sacar los metales que Ángela colocó en la olla*). ¡Un día de estos te vas a intoxicar!

ÁNGELA: Solo me tomo el caldo, lo demás es para darle sabor.

ROCÍO: No debes hacer eso, ¿cuándo lo vas a entender?

VÍCTOR: Ella no lo va a entender nunca porque cuando uno se vuelve transparente el entendimiento se evapora con la sombra.

ROCÍO: Deje de hablar tonterías y prepárese que hoy le toca a usted.

VÍCTOR: Yo estoy bien del entendimiento, hace días que razono muy bien.

ROCÍO: ¡Vamos!

VÍCTOR: Y del hambre también estoy bien, hace días que ni la siento.

ROCÍO: La inyección no es para el hambre...

VÍCTOR: De todas maneras yo no la necesito. Ángela sí porque ella se rinde con facilidad.

ROCÍO: Claro que la necesita, tenemos que evitar que usted convulsione nuevamente.

VÍCTOR: No fue una convulsión, solo se me olvidó ajustarme una tuerca y me desarmé, pero ya Ángela lo arregló.

ROCÍO: (*Con la inyectora lista*). ¡Vamos, tiene que bajarse los pantalones!

VÍCTOR: ¡Ángela, dile que la inyección es para ti!

ROCÍO: (*Tomándolo por el brazo*). No sea cobarde, esto no duele.

VÍCTOR: ¡Ángela, auxilio!

ÁNGELA: (*Acariciándole la cabeza, le habla con ternura*). Quédate tranquilito, no te va a doler.

VÍCTOR: (*Cerrando los ojos*). ¡Abrázame!

ÁNGELA: (*Abrazándolo*). ¡Tranquilo, tranquilo, eso va a ser rapidito!

ROCÍO: ¡Ya está!

ÁNGELA: ¿Ves? ¡Ni siquiera te dolió!

ROCÍO: ¡Todos los hombres son iguales! ¡Muy guapos en apariencia, pero a la hora de la verdad son unos miedosos!

VÍCTOR: ¡Yo no soy miedoso! ¡Y para que lo sepa: pronto volveré a ser domador de perros!

ROCÍO: ¿Y qué es eso?

ÁNGELA: Era su antiguo trabajo.

ROCÍO: Bueno pues, hoy es el día de la reconciliación laboral.

ÁNGELA: ¿Por qué?

ROCÍO: Porque a los Villamizar también les dio por volver a su antiguo trabajo.

VÍCTOR: ¿Están cocinando metal otra vez?

ROCÍO: Sí, les dio por volver a la orfebrería.

ÁNGELA: (*Ríe*). ¿Cómo le irán a quedar las piezas? Porque ya ellos no tienen ojos.

VÍCTOR: Pero tienen antenas en la cabeza, que funcionan mejor que los ojos.

ROCÍO: (*Ignorándolos*). Hace años que no fabrican ni una sola joya.

ÁNGELA: Desde que me despidieron de su joyería.

VÍCTOR: Y te dejaron flotando en el aire, como una burbuja de silencio.

ROCÍO: (*En lo suyo*). Además últimamente están muy raros.

VÍCTOR: ¡Raro es una gallina con tetas!

ÁNGELA: ¡O una vaca con plumas!

VÍCTOR: ¡O un señor adinerado caminando por una plaza!

ROCÍO: Raro es un señor que se encierra todo el día en el taller y cuando voy a ponerle la inyección está todo misterioso y hablando incoherencias.

VÍCTOR: La incoherencia surge cuando el intelecto se aprisiona para no dejarlo salir.

ÁNGELA: Que es lo mismo que guardar dinero para no gastarlo.

VÍCTOR: ¡Será que se extravió el razonamiento!

ÁNGELA: ¡Eso pasa siempre!

ROCÍO: (*Ordenando los trastos*). No lo creo. Un loco no asegura sus cosas.

ÁNGELA: ¿Qué cosas?

ROCÍO: Las joyas nuevas que compró.

ÁNGELA: ¡Son muchas!

ROCÍO: ¡Un montón! ¡Todas las vidrieras las tienen repletas!

VÍCTOR: ¿Y las joyas las aseguraron con grilletes o con esposas?

ROCÍO: ¡Con una aseguradora! ¡Y de las mejores!

VÍCTOR: ¿De esas que cuando la gente denuncia cosas que están mal hechas, les cosen la boca para asegurarse de que no vuelvan a hablar?

ROCÍO: No, de esas que pagan muy bien cuando le pasa algo a las cosas que se aseguran.

VÍCTOR: Ya sé, de esas que cuando la gente está enferma se aseguran de que se muera para no tener que darles más medicinas.

ÁNGELA: De esas que dicen siempre que no tienen dinero cuando los empleados les piden que les aumente el sueldo.

ROCÍO: (*Señalando a Víctor*). Bueno, mejor me voy porque ya van a empezar con sus retahílas.

VÍCTOR: (*Siguiendo a Rocío*). De esas que regalan muchas cosas en Navidad para que los demás crean que son buenos...

ROCÍO: ¡No, de esas no!...Y, por favor, cómanse la comida, no la dejen perder. (*Va hacia el plano, que está desplegado en el suelo*). ¿Y esto?

ÁNGELA: Es un plano. A Víctor se lo trajeron las palomas mensajeras.

VÍCTOR: (*Agresivo*). ¡Deje eso ahí, no sea metiche!

ROCÍO: (*Ríe*). Es desperdicio de papel de imprenta. Seguro que lo tiraron desde allá arriba.

ÁNGELA: Sí, cayó del cielo.

ROCÍO: ¡Ustedes lo que están es locos de remate!

VÍCTOR: ¡Váyase, por favor!

ROCÍO: ¡Sí, sí, ya me voy!

ÁNGELA: (*Atenta*). ¡Gracias por la gasolina!

ROCÍO: No es gasolina, es comida, ¿hasta cuándo se los digo?

VÍCTOR: Es lo mismo...

Rocío: No lo es.

VÍCTOR: Si la gasolina alimenta a un carro y la comida alimenta a un hombre, entonces ¿qué diferencia hay?

Rocío: La diferencia es que usted no es un carro y si toma gasolina se muere. Y un carro no es gente, si le da sopa se le daña el motor.

VÍCTOR: ¡Muertos estamos desde hace tiempo! ¿No se ha dado cuenta?

ROCÍO: (*Riendo*). ¡Viejo loco!

VÍCTOR: ¡Habladora y metiche!

ROCÍO: Volveré mañana. Y por favor, no se metan en problemas. (*Se despide*). Adiós, Ángela (*Sale*).

ESCENA III

(*Los dos ven a Rocío alejarse. Al asegurarse de que está bastante lejos empiezan a bailar por el espacio. Cada uno toma su respectiva máscara y se la coloca. Esta escena será una especie de danza. Suena música alegre*).

LOS DOS: ¡Adivina, adivinador!

ÁNGELA: (*Sacando conclusiones*). Entonces..., si las joyas están aseguradas...

VÍCTOR: Eso quiere decir que...

LOS DOS: ¡Somos inocentes!

ÁNGELA: Porque al estar aseguradas el robo no es contra los Villamizar...

VÍCTOR: Sino contra el Seguro.

LOS DOS: ¡Así que somos inocentes!

ÁNGELA: (*Pausa*). Pero... ¿Inocentes completamente o inocentes a medias?

VÍCTOR: ¡Completamente!

ÁNGELA: ¿Y por qué estás tan seguro?

VÍCTOR: Al ser el robo contra el Seguro entonces es contra la exclusión, ¿verdad?

ÁNGELA: No sé...

VÍCTOR: Claro, porque no todos tenemos algo que asegurar...

ÁNGELA: Bueno, yo no tengo.

VÍCTOR: Ni todos tenemos con qué pagar el Seguro.

ÁNGELA: Es verdad.

VÍCTOR: Entonces, si es contra la exclusión es contra el sistema.

ÁNGELA: ¿Qué sistema?

VÍCTOR: El sistema solar que rige el universo.

ÁNGELA: (*Riendo*). El que debería alumbrar a todos, pero no lo hace.

VÍCTOR: ¡Ese mismo! Escucha, si el sistema hubiera solucionado el problema de la delincuencia nadie robaría, y si no existieran los robos tampoco existirían los seguros. Y si no existieran los seguros eso querría decir que todos viviríamos felices y el sistema solar sería perfecto.

ÁNGELA: ¿Y si fuéramos felices?

VÍCTOR: No usaríamos máscaras para ocultar la tristeza.

ÁNGELA: Ni antifaces para ocultar el hambre.

VÍCTOR: Ni caretas para que nadie se diera cuenta de nuestras soledades.

ÁNGELA: Ni sería necesario disfrazarse para que nadie notara que andamos muertos.

VÍCTOR: Porque la felicidad es la suma de todo bienestar posible, donde impera la justicia por igual, y donde todos se aman sin distinción de razas, ideologías o color de piel. En fin, ¡yo represento la felicidad!

ÁNGELA: (*Aplaudiendo*). ¿Dónde aprendiste eso tan bonito?

VÍCTOR: En un mitin.

ÁNGELA: ¿De un candidato?

VÍCTOR: Si.

ÁNGELA: ¿Dónde?

VÍCTOR: En una ciudad cerca de aquí.

AMBOS: (*Danzan nuevamente*).

ÁNGELA: ¡Entonces somos inocentes!

VÍCTOR: ¡Completamente!

ÁNGELA: ¡Inocentes de Seguros!

VÍCTOR: ¡Sin nada que asegurar!

ÁNGELA: ¡Inocentes de exclusión!

VÍCTOR: ¡Sin nada que excluir!

ÁNGELA: ¡Inocentes de delincuencia!

VÍCTOR: ¡Sin nada que delincuenciar!

ÁNGELA: ¡Inocentes del sistema!

VÍCTOR: ¡Sin nada que sistematizar!

ÁNGELA: ¡Inocentes de felicidad!

VÍCTOR: ¡Sin nada que felicitar!

(*Decrece la luz*).

ESCENA IV

(Luz tenue. Apenas se divisa un espacio lúgubre semejante a un sótano. El espacio se encuentra colmado de elementos de orfebrería, se ven pequeños metales dispersos por el suelo. José Manuel Villamizar viste braga de trabajo y sostiene un soplete, tiene anteojos de protección que dan la sensación de máscara. Lucía Villamizar, su esposa y ayudante, le sostiene un pedazo de metal para que lo corte).

LUCIA: ¿Falta mucho?

JOSÉ MANUEL: Un poco.

LUCIA: Ya estoy cansada.

JOSÉ MANUEL: Yo también.

LUCIA: ¿Podemos continuar mañana?

JOSÉ MANUEL: No, tenemos que terminar esto pronto.

LUCIA: Tienes razón.

JOSÉ MANUEL: Sin las réplicas no podemos proceder.

LUCIA: No pensé que nos costaría tanto trabajo.

JOSÉ MANUEL: ¿Qué querías? Estamos desactualizados.

LUCIA: ¿Y tú crees que queden idénticas?

JOSÉ MANUEL: ¡Estoy haciendo todo lo posible!

LUCIA: Siempre fuiste el mejor en esto.

JOSÉ MANUEL: ¡Bah, tonterías!

LUCIA: Llegaste a crear modelos fabulosos...

JOSÉ MANUEL: Una cosa es crear y otra es falsificar.

LUCIA: Shhhh, silencio, las paredes oyen.

JOSÉ MANUEL: ¡Pues que oigan!

LUCIA: No me gusta cuando hablas así.

JOSÉ MANUEL: ¿Y cómo quieres que hable?

LUCIA: ¡Por favor! ¡No empecemos de nuevo!

JOSÉ MANUEL: Sabes que si acepté todo esto fue por ti. Quiero ahorrararte sufrimientos.

LUCIA: Te lo agradezco. Y Alfredo también te lo agradecerá.

JOSÉ MANUEL: ¡Ni me lo nombres!

LUCIA: No digas eso.

JOSÉ MANUEL: Si por mí fuera, que se pudra en la cárcel.

LUCIA: ¡Es tu hijo!

JOSÉ MANUEL: Es lo que más me duele.

LUCIA: Cuando todo esto pase, él volverá a casa y todo será distinto.

JOSÉ MANUEL: No te hagas muchas ilusiones.

LUCIA: ¡Sí me las hago!

JOSÉ MANUEL: Es un malagradecido y seguramente después que lo saquemos de la cárcel seguirá en sus andanzas.

LUCIA: ¡Yo tengo fe en que todo cambiará!

JOSÉ MANUEL: Mira a dónde nos ha llevado tu fe...

LUCIA: ¿A dónde?

JOSÉ MANUEL: ¡A delinquir!

LUCIA: ¡No digas eso!

JOSÉ MANUEL: Ahora somos tan ladrones como él.

LUCIA: No estamos haciendo nada indebido.

JOSÉ MANUEL: ¿Y cómo le llamas a esto?

LUCIA: Nadie sabrá que son falsas...

JOSÉ MANUEL: Conque lo sepamos nosotros es suficiente.

LUCIA: Será por poco tiempo.

JOSÉ MANUEL: El tiempo suficiente para parecernos a él.

LUCIA: ¡No hables así!

JOSÉ MANUEL: ¿Y cómo quieres que hable?

LUCIA: Solo será por esta única vez.

JOSÉ MANUEL: Quisiera tener tu fortaleza...

LUCIA: Nadie puede acusarnos de nada.

JOSÉ MANUEL: (*Pausa*). ¿Y qué me dices del auto-robo?

LUCIA: Es un robo a nosotros mismos, por lo tanto no hay delito.

JOSÉ MANUEL: ¿Y el cobro del seguro?

LUCIA: Debemos tomarlo como una compensación.

JOSÉ MANUEL: ¡No me digas!

LUCIA: Por las pólizas que hemos pagado durante tantos años.

JOSÉ MANUEL: ¡No seas ilusa, tú sabes que es un delito!

LUCIA: Delito sería no ayudar a nuestro hijo Alfredo en este momento.

JOSÉ MANUEL: ¿Y qué pasa si la policía se da cuenta de que las joyas son falsas?

LUCIA: Eso no pasará.

JOSÉ MANUEL: ¿Cómo estás tan segura?

LUCIA: Porque ellos no saben nada de orfebrería, son brutos por naturaleza.

JOSÉ MANUEL: Pero son intuitivos, y más cuando se trata de ganancias fraudulentas.

LUCIA: Recuerda que tienen que actuar rápido, después de todo el acto ilegal lo están cometiendo ellos.

JOSÉ MANUEL: Y ese tal Juan con el que hablaste hoy, ¿es de confianza?

LUCIA: Ningún delincuente es de confianza.

JOSÉ MANUEL: Y entonces, ¿cómo estás segura de que cumplirá con su palabra?

LUCIA: No lo estoy. Tenemos que arriesgarnos.

JOSÉ MANUEL: ¡Estás demente!

LUCIA: En todo caso la garantía que tenemos es que ya estuvo en la cárcel y salió con la ayuda de un funcionario superior.

JOSÉ MANUEL: ¡Válgame Dios!

LUCIA: Lo importante es que el hecho de que tenga amigos adentro nos favorece.

JOSÉ MANUEL: ¡Y los demás que se jodan!

LUCIA: ¡No estamos jodiendo a nadie!

JOSÉ MANUEL: (*Alterado*). ¡Claro que sí, con puntos de vista como el tuyo estamos jodiendo bastante! ¿Que tenemos un cuerpo policial corrupto? ¡Al carajo, no es mi culpa! ¿Que los delincuentes están acabando con el país? ¡Al diablo, no es mi problema! Total, a todos nos favorece esta anarquía.

LUCIA: ¡No es momento de moralismos!

JOSÉ MANUEL: ¿Y cuándo es el momento? Dime, ¿cuándo?

LUCIA: ¡No lo sé!

JOSÉ MANUEL: Muy típico de ti. Cuando estás en desventaja utilizas tu respuesta evasiva de “no lo sé”.

LUCIA: ¡Nosotros somos el último eslabón en esta cadena y no somos precisamente los que vamos a acabar con todo esto!

JOSÉ MANUEL: ¡Pero damos nuestra contribución para que se eternice!

LUCIA: Esto es irrelevante comparado con todo el engranaje de corruptela que ronda en estos cuerpos policiales.

JOSÉ MANUEL: Y que nosotros aprovechamos.

LUCIA: ¡No es cierto!

JOSÉ MANUEL: ¡Claro que lo es!

LUCIA: (*Llorosa, en actitud manipuladora*). ¿Es aprovechamiento querer evitar que nuestro hijo vaya a la cárcel?

JOSÉ MANUEL: Hay otras maneras de obtener dinero.

LUCIA: ¿Cómo?

JOSÉ MANUEL: ¡Trabajando!

LUCIA: ¡No me hagas reír!

JOSÉ MANUEL: Ríete si quieres, pero es lo más sensato...

LUCIA: ¿Acaso no te has dado cuenta de que hemos envejecido?

JOSÉ MANUEL: ¡Exageras!

LUCIA: ¡Dime, ¿cuánto tiempo tardaríamos en reunir dinero trabajando? Dime, ¿cuánto? ¡Contéstame! ¡Hemos perdido casi toda la clientela! ¿Acaso no te has dado cuenta?

JOSÉ MANUEL: Podemos pedir un préstamo en el banco.

LUCIA: (*Alterada*). ¿Cuál banco nos dará un préstamo con el movimiento pírrico de nuestra cuenta?

JOSÉ MANUEL: ¡Debe haber otra forma menos indecente!

LUCIA: (*Llorosa*). No te entiendo... ¡Las joyas son nuestras, las compramos con nuestro sudor! El Seguro lo hemos pagado por casi treinta años sin haberlo utilizado. ¿Quién en nuestro lugar no haría lo mismo? Dime, ¿quién?

JOSÉ MANUEL: ¡No te pongas así!

LUCIA: ¿Cómo quieres que me ponga?

JOSÉ MANUEL: Entiéndeme, esto para mí no es fácil.

LUCIA: ¿Y tú crees que para mí lo es?

JOSÉ MANUEL: Yo no he dicho eso.

LUCIA: Yo solo quiero tener a mi hijo aquí, como antes.

JOSÉ MANUEL: Sabes que no volverá, y en el caso de que vuelva jamás nuestra familia será como antes, no después de esto.

LUCIA: Me encargaré de que lo sea.

JOSÉ MANUEL: Lucia, cariño, no puedes controlar todo en la vida. Hay cosas que no dependen de nosotros y lo mejor es aceptarlo.

LUCIA: (*Evasiva*). Me da terror que por falta del dinero lo manden a la cárcel.

JOSÉ MANUEL: Quizá es lo que necesita para que madure y aprenda, ¿no crees?

LUCIA: (*En llanto descontrolado*). ¿En qué me equivoqué como madre? ¿Qué fue lo que faltó? ¿Qué fue lo que no hice? ¿Por qué ese muchacho salió tan rebelde?

JOSÉ MANUEL: Tranquilízate, mujer, a tu corazón no le hace bien.

LUCIA: (*Pausa*). Vámonos a descansar, Mañana será otro día.

JOSÉ MANUEL: Quiero terminar esto...

LUCIA: Entonces te acompaño.

JOSÉ MANUEL: (*Tierno*). Ve a descansar, no quiero que te enfermes...

LUCIA: (*Acariciándolo*). ¡Entiéndeme, es mi hijo! ¿Qué no haría una madre por un hijo?

JOSÉ MANUEL: Ya no hablemos más del tema.

LUCIA: Está bien. (*Continúan trabajando*).

ESCENA V

(*Calle de la ciudad. En la oscuridad de la noche se divisan reflejos de la ciudad que duerme. Un joven camina de prisa. Se oye el ulular de unas patrullas que se acercan*).

VOZ EN OFF: ¡Ese de allá déjenmelo a mí! ¡Ese angelito es mío! (*Entra el Comandante y lo aborda de manera agresiva mientras ejecuta la requisita*).

COMANDANTE: (*Burlón*). Entonces, angelito, ¿ya me tienes el favorcito listo?

JUAN: Casi, casi.

COMANDANTE: Más te vale. Recuerda que la última vez que estuviste en el infierno no te fue muy bien.

JUAN: No, eso no lo he olvidado.

COMANDANTE: Entonces recordarás quién fue el que te ayudó a salir de allí.

JUAN: ¡Vine a pagar mi deuda!

COMANDANTE: Así me gusta, mansito como un corderito. Habla, que no tengo mucho tiempo, ¿para qué soy bueno?

JUAN: Se trata del robo de una joyería.

COMANDANTE: No me interesa.

JUAN: Óigame...

COMANDANTE: Quiero dinero contante y sonante...

JUAN: Esto será fácil. Los cómplices son los dueños.

COMANDANTE: ¿Los dueños?

JUAN: ¡Sí!

COMANDANTE: Interesante... muy interesante.

JUAN: Necesitan cobrar el Seguro y quieren que les robe las joyas.

COMANDANTE: No suena mal...

JUAN: Ya hice el contacto para la venta.

COMANDANTE: ¿De cuánto estamos hablando?

JUAN: De unos cien millones de dólares.

COMANDANTE: Mmmm, no está nada mal.

JUAN: Solo necesito su ayuda.

COMANDANTE: ¿Y en cuánto tiempo vemos el dinero?

JUAN: En una semana, más o menos.

COMANDANTE: Es demasiado tiempo para el riesgo que se correría.

JUAN: Tengo una garantía...

COMANDANTE: Mmmm, interesante...

JUAN: Conseguí algo por adelantado.

COMANDANTE: Qué ingenioso eres.

JUAN: Están tan necesitados que les caí a muela y aflojaron.

COMANDANTE: ¿Y cuánto les sacaste?

JUAN: Diez millones.

COMANDANTE: ¿Y tú crees que voy a arriesgar mi pellejo por diez millones?

JUAN: Una vez que venda las joyas tendrá el sesenta por ciento.

COMANDANTE: ¿Y quién me garantiza que no te perderás con el dinero una vez que vendas las joyas?

JUAN: Le doy mi palabra.

COMANDANTE: ¡No me hagas reír!

JUAN: Mi novia espera un hijo y pensamos casarnos, este será mi último compromiso en esto. Quiero componerme, regenerarme.

COMANDANTE: ¡Huy, qué conmovedor!

JUAN: Le doy mi palabra de que en una semana tendrá el dinero.

COMANDANTE: Está bien, confiaré en ti. Pero eso sí: un paso en falso y te vas al infierno.

JUAN: Gracias, mi comandante.

COMANDANTE: Todavía no me des las gracias, angelito.

JUAN: ¿Cómo será el procedimiento?

COMANDANTE: ¡Tú tranquilo! Espera mi llamada.

JUAN: ¿Cuándo?

COMANDANTE: La impaciencia no es buena consejera.

JUAN: Es que mi novia está a punto de dar a luz y...

COMANDANTE: ¡Y nada! Yo te llamo cuando todo esté listo, ¿estamos?

JUAN: Sí...

COMANDANTE: (*Pausa*). Y ya sabes, ¡no me conoces, no sabes quién soy! ¿Estamos claros?

JUAN: No se preocupe...

COMANDANTE: Y cuidado como se te va la lengua porque te la corto.

JUAN: No tiene por qué decirme eso.

COMANDANTE: Es por si se te olvida.

JUAN: Con este trabajo cerraremos la deuda.

COMANDANTE: Bueno, eso lo veremos.

JUAN: ¿Cuándo?

COMANDANTE: No te apures angelito, con calma. Ah, otra cosa: no será el sesenta sino el setenta por ciento, ¿estamos? (*Sale*).

COMANDANTE (*EN OFF*): ¡Vámonos, este está limpio!

(Se oye la patrulla que se aleja. Juan se aleja presuroso).

ESCENA VI

(Espacio anterior. Se oyen las patrullas que pasan, seguido de disparos y voces en off. Víctor y Ángela se esconden. Cuando sienten que los policías se alejan salen lentamente y se sientan en un extremo del espacio).

VÍCTOR: ¡Esos perros no se cansan de cazar conejos!

ÁNGELA: ¡Y ladran toda la noche!

VÍCTOR: Menos mal que tenemos ojos de lechuza.

ÁNGELA: *(En actitud de juego se coloca una máscara)*. ¡Adivina, adivinador! ¿A qué no sabes qué escondo debajo de la máscara?

VÍCTOR: ¡Nada!

ÁNGELA: La nada no tiene forma, por eso no se puede esconder.

VÍCTOR: ¡La miseria!

ÁNGELA: La miseria no se puede esconder, tú mismo lo dijiste.

VÍCTOR: ¡Entonces es el sufrimiento!

ÁNGELA: Eso tampoco, Víctor, se te nota en los ojos.

VÍCTOR: ¿Los recuerdos se pueden esconder?

ÁNGELA: ¡Claro, esos son nuestros!

VÍCTOR: Entonces, ¿ya escondes los recuerdos?

ÁNGELA: ¡Sí, escondo los recuerdos para que no me los robe el viento!

VÍCTOR: Escóndelos bien, Ángela, es lo único que nos queda.

ÁNGELA: ¿Adentro de las tripas estará bien?

VÍCTOR: ¡Sí, ahí estará bien!

VÍCTOR: *(Toma una revista vieja que se encuentra en el suelo, va hacia Ángela y se la muestra)*. Mira...

ÁNGELA: ¿Una revista?

VÍCTOR: Así es.

ÁNGELA: ¿De qué es?

VÍCTOR: ¡Adivina!

ÁNGELA: Es de muebles.

VÍCTOR: ¿Y para qué nos serviría una revista de muebles?

ÁNGELA: Para que los pájaros se sienten.

VÍCTOR: *(Ríe)*. ¡No, no es una revista de muebles!

ÁNGELA: Entonces... ¿es de recetas de cocina?

VÍCTOR: ¿Y para qué nos serviría una revista de recetas de cocina?

ÁNGELA: ¡Para leer cómo preparar una cena!

VÍCTOR: *(Ríe)*. ¡Estás soñando!

ÁNGELA: *(Sorprendiéndolo)*. ¡Ya sé! ¡Es una revista de sueños!

VÍCTOR: Caliente... caliente...

ÁNGELA: Una revista del... del...

VÍCTOR: ¡Dilo! ¿Del...?

ÁNGELA: ¡De “El nido de los ángeles”!

VÍCTOR: ¡Adivinaste!

ÁNGELA: ¡Adiviné! ¡Adiviné! ¡Es una revista de “El nido de los ángeles”!

VÍCTOR: Ven, vamos a verla... *(Se sientan a ver la revista)*.

VÍCTOR: ¡Mira la neblina!

ÁNGELA: Parecen nubes... ¡Y los pinos alrededor!

VÍCTOR: ¡Óyelos!

ÁNGELA: ¡Silban como el viento!

VÍCTOR: ¡Y mira el río!

ÁNGELA: Hace espuma cuando choca con las piedras...

VÍCTOR: (*Tomando la supuesta espuma*). ¡Está helada! (*Salpicando a Ángela*). ¡Toma un poco!

ÁNGELA: (*Señalando algo en una página*). ¡Mira, lo mejor está aquí!

VÍCTOR: ¿Qué es?

ÁNGELA: ¡Las habitaciones!

VÍCTOR: ¡Qué enormes son!

ÁNGELA: ¡Y las camas se ven tan elegantes!

VÍCTOR: Allí dormiremos tranquilos...

ÁNGELA: ¿Todo el día?

VÍCTOR: No, solo la mañana. Y en la tarde pasaremos por los campos.

ÁNGELA: Mira, lee aquí, donde están estos niños jugando...

VÍCTOR: (*Leyendo*). “Aquí todo es posible, ya no tiene por qué preocuparse...”

ÁNGELA: (*Siguiendo el juego de lo que aparentemente están leyendo*). “¿Padece enfermedades?”

LOS DOS: “¡Aquí se las curamos!”

ÁNGELA: “¿No tiene pensión?”

LOS DOS: “¡Aquí se la damos!”

ÁNGELA: “¿Perdió su sonrisa?”

VÍCTOR: “¡No importa!”

ÁNGELA: “¡Aquí se la encontramos!” (*Pausa*).

ÁNGELA: ¿Y la soledad, Víctor? ¿Dice algo de la soledad?

VÍCTOR: (*Buscando*). A ver... a ver... “Aquí, en El Nido de los Ángeles...”, dice: “... ¡la soledad es cosa del pasado! Le tenemos una familia amorosa solo para usted, hecha a su medida, con hijos, nietos y demás...”.

ÁNGELA: ¿Eso será verdad?

VÍCTOR: ¡Claro que es verdad!

ÁNGELA: ¿Y cómo estás tan seguro?

LOS DOS: ¡Porque en “El nido de los ángeles” hacemos su fantasía realidad! (*Ríen*).

ÁNGELA: (*Pausa*). ¿Y podremos pagarlo todo con las piedras de los Villamizar?

VÍCTOR: ¡Por supuesto! ¡Son piedras generosas!

ÁNGELA: ¿Qué haremos después?

VÍCTOR: ¡Seguir muriendo, mujer! (*Pausa larga*).

ÁNGELA: ¡Vamos! Tenemos que seguir entrenando para el maratón...

VÍCTOR: ¡Tienes razón! (*Van hasta los pipotes. Se inicia el juego de la primera escena*). ¡Quitamos la tapa de la alcantarilla, bajamos por el túnel!

(*Se les ve desplazarse por los pipotes. La luz de la linterna apenas alumbra. Decece la iluminación*).

ESCENA VII

(Juan espera en una calle, se pasea inquieto. Se oye una patrulla que se acerca y gritos en off).

VOZ EN OFF: ¡Al que corra lo quiebro!

VOZ EN OFF: ¡Contra la pared! ¡Todos contra la pared!

COMANDANTE: *(Entrando a la carrera con la pistola en la mano).*
¡Aquí estás, pajarito! ¡Así me gustas, mansito y obediente!
¿Recibiste mi mensaje?

JUAN: Por algo estoy aquí.

COMANDANTE: *(Apuntándolo con el arma).* Sin malcriadeces, mira que aquí el que manda soy yo.

JUAN: Por supuesto... Tranquilo, no se altere...

COMANDANTE: No me altero, es simple rutina. *(Bajando el arma).*
Bueno, pasemos a lo que vinimos.

JUAN: Espero sus órdenes.

COMANDANTE: El robo a la joyería será mañana.

JUAN: ¿Mañana?

COMANDANTE: Sí, en la noche. Conseguí dos de mis mejores hombres para que sirvan de mampara.

JUAN: ¿Son de confianza?

COMANDANTE: Todos mis hombres son de confianza.

JUAN: Está bien. ¿Cuál es el plan?

COMANDANTE: Lo haremos al natural...

JUAN: ¿Cómo al natural?

COMANDANTE: Es decir, en vivo y directo, sin despertar sospechas.

JUAN: No entiendo...

COMANDANTE: Estaremos patrullando. Los viejos harán una llamada denunciando el robo que, por supuesto, captaremos en mi patrulla y... adivina quién acudirá al llamado...

JUAN: ¿Quién?

COMANDANTE: ¡El propio Juan, el deudor!

JUAN: (*Sorprendido*). ¿Yo? ¿Cómo?

COMANDANTE: Estarás conmigo, como pasante, como estudiante de policía que tiene su primera experiencia.

JUAN: Pero no soy estudiante de la academia de policía...

COMANDANTE: ¿Y para qué está aquí el propio, el que resuelve todo? (*Le entrega un carnet*). Ya estás inscrito, eres pasante de la policía desde hace una semana. Aquí tienes tu carnet.

JUAN: (*Toma el carnet*). Entiendo la jugada.

COMANDANTE: Es fácil. Entras, tomas las joyas y sales. De lo demás me encargo yo.

JUAN: Claro, después se extravían las joyas. ¡Y todo al carajo!

COMANDANTE: ¿Desconfías de mí?

JUAN: Sé de lo que es capaz.

COMANDANTE: (*Colocándole la pistola en la cabeza*). No estamos en igualdad de condiciones, así que cuida tu lengua, pajarito.

JUAN: ¡No se altere, comandante!

COMANDANTE: (*Entregándole una bolsa*). ¡Toma!

JUAN: (*Abriendo la bolsa*). ¿Y esto qué es?

COMANDANTE: Es tu uniforme. Y no te la quieras dar de listo conmigo... Haces un movimiento en falso y te quiebro, ¡ex convicto!

JUAN: ¡Está bien, como usted quiera, comandante!

COMANDANTE: (*Tomándolo de la camisa*). ¡En eso tienes razón, es como yo quiera! (*Lo suelta*).

JUAN: ¡No hace falta tanta agresividad, estamos juntos en la jugada!

COMANDANTE: ¡Más te vale, pajarito!

JUAN: Con este trabajo quedaremos en paz...

COMANDANTE: No nos adelantemos, mañana veremos. Si todo sale bien y en una semana vemos el dinero, pudiera ser.

JUAN: Todo va a salir bien, ya lo verá.

COMANDANTE: Habla bien con los viejos, no quiero sorpresas.

JUAN: Despreocúpese, todo está cuadrado.

COMANDANTE: Nos vemos mañana. (*Sale. Se oyen gritos y la patrulla alejarse*).

JUAN: (*Molesto*). Esto me pasa por bolsa... ¿Quién me manda a meterme en camisa de once varas? Si algo sale mal, ¿quién será el que pagará el pato? El Juan, por hacerse pasar por policía. ¿Y el comandante? ¡Limpiecito, libre de cargos! (*Sale*).

ESCENA VIII

(*Espacio anterior en el sótano de los Villamizar. Trabajan. Suena el teléfono*).

JOSÉ MANUEL: (*Hablando por teléfono*). ¡Sí, soy yo! ¿Mañana? Okey, No, ningún problema. ¿El depósito? ¿Hoy? No, ninguno. (*Pausa*). Claro. (*Pausa*). Por supuesto. (*Pausa*). Está bien.

LUCIA: (*Que ha estado oyendo la conversación*). ¿Era él?

JOSÉ MANUEL: Sí.

LUCIA: ¿Qué te dijo?

JOSÉ MANUEL: Que será mañana.

LUCIA: ¡¿Tan pronto?!

JOSÉ MANUEL: Mientras más rápido mejor.

LUCIA: Sí, claro. (*Suena el timbre de la puerta*).

JOSÉ MANUEL: No te quedes ahí parada, abre la puerta, debe ser que traen el sobre.

LUCIA: ¿Cuál sobre?

JOSÉ MANUEL: El de las instrucciones.

LUCIA: ¿Qué instrucciones?

JOSÉ MANUEL: Dijo que dentro de cinco minutos recibiríamos un sobre con las instrucciones. (*Suena el timbre nuevamente*).

LUCIA: ¿Qué hago?

JOSÉ MANUEL: ¡Abre la puerta!

ÁNGELA: (*Nerviosa*). Sí, claro. (*Sale y entra con el sobre. Se lo da a José Manuel*). Toma...

JOSÉ MANUEL: (*No agarra el sobre, sigue en su trabajo*). ¡Ábrelo!

LUCIA: (*Presurosa lo abre*). Aquí dice: “Depositar el dinero en efectivo en la cuenta número...” (*Pausa*). Oye, ¡pero esto es un riesgo!

JOSÉ MANUEL: ¿Qué querías?

LUCIA: No sé, tal vez que se hiciera un cheque y...

JOSÉ MANUEL: Un cheque tarda treinta y seis horas en hacerse efectivo, ellos no correrían ese riesgo. ¿Con quién crees que estamos tratando? ¿Con las Santas Hermanitas de la Caridad? ¿Qué más dice?

LUCIA: (*Leyendo*). “Para no levantar sospechas ante los demás funcionarios que entrarán, ustedes deben estar golpeados y sangrantes, con elementos como mordazas, etc. Las vidrieras deben estar abiertas para poder extraer las joyas con mayor comodidad...”

JOSÉ MANUEL: ¡Caramba! Por poco y nos piden que les ayudemos a envolver las joyas en papel de regalo. ¡Qué sinvergüenzas!

LUCIA: (*Sorprendida*). Ponen un número de teléfono al que debemos llamar a la 1:30 a.m. para avisar del robo. (*Leyendo*). “Recuerden que la hora de la llamada debe ser puntual, ya que será la hora cuando estaré patrullando...”. (*Tocan el timbre*).

JOSÉ MANUEL: (*Nervioso*). ¿Quién será?

LUCIA: (*Va a la puerta, se asoma y avisa a José Manuel*). Es Rocío. Viene por lo de la inyección. (*Entra Rocío. Viene con el maletín de primeros auxilios*).

LUCIA: Hola, Rocío...

ROCÍO: Hola, ¿cómo están? Llegó la hora de la puya.

JOSÉ MANUEL: Hola, Rocío.

ROCÍO: (*Refiriéndose a José Manuel*). Veo que el señor no me esperaba.

JOSÉ MANUEL: Ya va, en un momento estaré listo. (*Va hacia el interior*).

ROCÍO: Tómese su tiempo, yo no tengo prisa. (*Acomodando lo relativo a la inyección*). Qué cobarde, ve una simple puyita y huye asustado.

LUCIA: No es por la inyección, es que últimamente ha estado un poco nervioso.

ROCÍO: Y también misterioso. Ya me he dado cuenta.

LUCIA: Es por lo de Alfredo, usted sabe.

ROCÍO: Es verdad, me había olvidado. (*Pausa*). ¿Y ya consiguieron el abogado?

LUCIA: Estamos en eso.

ROCÍO: Me imagino que les habrá sido difícil.

LUCIA: Sí, un poco.

ROCÍO: Ojalá lo consigan pronto.

JOSÉ MANUEL (*EN OFF*): Rocío, venga, ya estoy listo.

ROCÍO: ¡Voy corriendo! (*Entra al interior*).

LUCIA: (*Mirando al cielo*). ¡Protégenos, virgencita! (*Va hacia donde está un altar con la imagen de la virgen. Decece la luz*).

ESCENA IX

(*La iluminación en penumbras. Se oye el ulular de patrullas que se acercan, se oyen disparos. Ángela y Víctor corren y se esconden. Al cesar el ruido salen cuidadosamente*).

VÍCTOR: (*En susurro*). ¡Otra vez los buitres!

ÁNGELA: Están buscando vísceras en la oscuridad de la noche.

VÍCTOR: (*En susurro, pero enérgico*). Cada noche que pasa siento cómo la sangre se me agita y me corre por todos los rincones, se me forma una cascada de latidos que se atropellan unos a otros para no desbocarse. Quisiera gritarles: ¡Ya, paren! ¡Solo por esta noche paren!, pero mis palabras se quedan atrapadas. Es como si mis dientes formaran una muralla para no dejarlas salir.

ÁNGELA: ¡Cálmate, Víctor, ya se fueron!

VÍCTOR: ¡Pero mañana volverán otra vez!

ÁNGELA: ¡Mañana no estaremos aquí!

VÍCTOR: ¿Y en dónde estaremos mañana?

ÁNGELA: ¿No te has dado cuenta qué noche es hoy?

VÍCTOR: ¡No!

ÁNGELA: ¡Mira las estrellas!

VÍCTOR: (*Observa el cielo con atención*). ¡No veo nada!

ÁNGELA: Allá, en aquellas nubes...

VÍCTOR: (*Entusiasmado*). ¡Hoy es la noche de los querubines! ¡Cómo no me había dado cuenta!

ÁNGELA: Es la señal que esperábamos.

VÍCTOR: (*Entusiasmado*). ¡Claro! Con razón el sol se fue a dormir con la luna y nos dejó la noche negra.

ÁNGELA: En luna nueva todo es oscuro, eso es para que los querubines hagan sus cosas tranquilos.

VÍCTOR: No, es para que nosotros podamos hurtar las piedritas...

ÁNGELA: ¡Rápido, tenemos que apurarnos!

VÍCTOR: Tranquila, la noche aún es una virgen que nos sonríe.

ÁNGELA: Mañana despertaremos con otro sol.

VÍCTOR: En “El nido de los ángeles”..

(Animados se visten. Las ropas son camuflajeadas en color verde. Se colocan un par de pistolas de juguete que se encuentran tiradas en el piso. Se cubren el rostro con pasamontañas y antifaces. Víctor se lleva el supuesto sedante para los perros).

ÁNGELA: ¡Vamos, Víctor, antes de que los querubines regresen!

(Los vemos quitarle la tapa al pipote y deslizarse adentro con cuidado, mientras la luz decrece en la escena).

ESCENA X

(Espacio interior. Antesala a la joyería de los Villamizar. Se ve todo desordenado, las sillas llenas de tirro. Hay sangre en algunos objetos. Víctor la golpea. La escena es a oscuras).

JOSÉ MANUEL: *(Agitado)*. ¡Ya deben estar en camino!

LUCIA: *(Colocándose en posición)*. ¡Rápido, comienza a golpearme!
(José Manuel la golpea con precaución). ¡Tiene que verse real,
golpea con más fuerza!

JOSÉ MANUEL: ¡Aguanta entonces! *(Dándole con más fuerza)*.

LUCIA: *(Ensangrentada)*. ¡Ya es suficiente!

JOSÉ MANUEL: *(Asustado)*. ¡Estás sangrado!

LUCIA: ¿Esa es la idea, no? Ahora te toca a ti, es tu turno.

JOSÉ MANUEL: (*Colocándose para recibir los golpes*). ¡Estoy listo!

LUCIA: (*Lo golpea en la cara hasta hacerlo sangrar*). ¡Listo!

JOSÉ MANUEL: ¡Ay, Dioooss, qué dolor!

LUCIA: ¡Aguanta!

JOSÉ MANUEL: (*Se oye el alboroto de los perros*). ¡Lucía, los perros están ladrando!

LUCIA: ¡Eso quiere decir que la gente ya está llegando!

JOSÉ MANUEL: ¿Por el patio? ¿No se supone que entrarán por la puerta principal?

LUCIA: (*Molesta*). ¡Qué sé yo, José Manuel! ¡Es la primera vez en mi vida que estoy metida en este berenjenal!

JOSÉ MANUEL: ¡Es por tu hijito!

LUCIA: ¡Que también es tuyo!

(José Manuel se amordaza fuertemente los brazos y la boca. Lucía finge desmayo. Se agudizan los ruidos, se colocan tirados en el sofá).

ESCENA XI

VOZ EN OFF: (*Risas*). ¡Funcionó! ¡Pudiste domar a los perros!

VOZ EN OFF: ¡No hagas ruido, se pueden despertar!

VOZ EN OFF: ¡Allá está la puerta!

VOZ EN OFF: ¡Con cuidado!

VÍCTOR: (*Entrando al espacio que está en penumbras*). La noche está más oscura aquí.

ÁNGELA: Lo que pasa es que no hay luciérnagas.

VÍCTOR: (*Tropezando*). ¡Hay algo aquí!

ÁNGELA: ¡Sí, algo se mueve!

VÍCTOR: ¡Déjame adivinar!

ÁNGELA: ¡No, el momento de las adivinanzas ya pasó!

VÍCTOR: (*Sin prestarle atención*). ¡Es un avestruz!

ÁNGELA: No creo que sea, correría rápido y no estaría allí detenido.

VÍCTOR: ¡Ya sé! ¡Es un astronauta!

ÁNGELA: No creo, estaría volando alrededor de la luna.

VÍCTOR: ¡Entonces es un dinosaurio!

ÁNGELA: Tampoco, es muy grande y no cabría aquí.

VÍCTOR: Tienes razón, Ángela, no es un buen día para adivinar.

ÁNGELA: Veré qué es. (*Enciende la linterna y alumbra a José Manuel y a Lucía*).

VÍCTOR: ¿Qué hacen allí como si fueran dos lobos?

ÁNGELA: ¡No lo sé! A lo mejor se volvieron locos.

VÍCTOR: Si se hubieran vuelto locos caminarían al revés.

ÁNGELA: Déjame adivinar...

VÍCTOR: Hoy no es noche de adivinanzas, tú misma lo dijiste, Ángela.

ÁNGELA: ¡Tienes razón! (*José Manuel hace un esfuerzo desesperado por soltarse*).

ÁNGELA: ¡Tienen una cara de susto!

VÍCTOR: *(A José Manuel)*. ¡No se preocupen, no les haremos daño!

ÁNGELA: ¡Los buitres ya pasaron!

VÍCTOR: ¡Solo vinimos a llevarnos las piedras preciosas!

ÁNGELA: Para volar mañana al nido de los ángeles.

VÍCTOR: Allá el sol nos está esperando.

ÁNGELA: Creo que estos nos quieren decir algo. *(En ademán de quitarle las vendas de la boca a José Manuel)*.

VÍCTOR: ¡No! Recuerda que no me gustan los parloteos. Vamos directo a las piedras preciosas antes de que despierten los querubines.

ÁNGELA: ¡Tienes razón!

(Entran al espacio de la joyería, toman las joyas de las vidrieras, las colocan en un morral y salen).

ÁNGELA: ¡Se abrirán las puertas del nido!

VÍCTOR: ¡Sí, se abrirán!

ÁNGELA: ¡Volemos, Ángela, volemos! *(Salen)*.

(Al poco rato entran en forma agresiva Juan y sus acompañantes, vestidos como agentes policiales).

JUAN: *(Observando los golpes en las caras)*. ¡Buen trabajo, abuelo!

ACOMPAÑANTE: ¡Esto es pan comío!

JUAN: *(Entra a la joyería y sale molesto)*. ¿Dónde están las joyas? ¡Se supone que deberían estar aquí!

ACOMPAÑANTE: ¡No tenemos tiempo, Juan! ¡Date prisa!

JUAN: (*Quitándole la venda de la boca a José Manuel*). ¿Dónde están las joyas?

JOSÉ MANUEL: ¡Ellos las tomaron! ¡Y salieron por el patio!

JUAN: ¿Quiénes? ¿Quiénes son ellos?

JOSÉ MANUEL: ¡Los viejos locos que viven debajo del puente!

JUAN: ¿Y qué carajo hacían aquí?

JOSÉ MANUEL: Pensé que eran parte del plan.

JUAN: ¿Pero qué está diciendo? ¿Cómo se le ocurre pensar semejante tontería?

ACOMPAÑANTE: Se nos acaba el tiempo, Juan, en cualquier momento pueden llegar los policías de verdad. ¡A esos que se llevaron las joyas vamos a quebrarlos!

JOSÉ MANUEL: ¿Matarlos?

ACOMPAÑANTE: ¡Quebrarlos, viejo, quebrarlos!

JOSÉ MANUEL: ¡Ellos no son agresivos, son unos pobres viejos!

JUAN: ¡Pero son los ladrones!

ACOMPAÑANTE: ¿Ustedes llamaron denunciando un robo, cierto?

JOSÉ MANUEL: Sí, sí.

JUAN: Pues, ¡aquí llegó la ley!

LUCIA: (*Incorporándose bruscamente*). ¡No les hagan daño, por favor! ¡No entiendo por qué robaron las joyas! ¡Por favor, no les haga daño!

JUAN: (*Molesto*). ¿No se supone que ustedes colaborarían? ¡Estoy exponiendo mi pellejo!

ACOMPAÑANTE: ¡Juan, estamos perdiendo tiempo! ¡Vamos!

(Salen por la puerta que da al patio. Se oyen los perros ladrando, alboroto, gritos, y finalmente disparos. Juan y los acompañantes entran con el morral de las joyas).

JOSÉ MANUEL: *(Aterrado)*. ¡Por Dios, qué hicieron!

JUAN: ¡Con candela no se juega, abuelo! ¡Estaban armados y opusieron resistencia!

JOSÉ MANUEL: ¡Esas armas de ellos eran de juguete! ¡Siempre las llevaban encima! *(Lucía, descontrolada, se abalanza sobre Juan, golpeándolo)*.

LUCIA: ¡Dios!, ¿qué hizo? ¿porqué les disparó?

JUAN: ¡Por ladrones!

JOSÉ MANUEL: ¡No tenía por qué hacerlo! ¡Eran dos viejos indefensos!

JUAN: ¡Eran ladrones! ¡Se llevaban las joyas!

LUCIA: *(Desencajada)*. ¡Por Dios, esas joyas son falsas!

JUAN: ¿Qué dice?

LUCIA: *(Fuera de sí)*. ¡Que esas joyas son falsas! ¡No valen nada! ¡Son falsas! *(Entra repentinamente el comandante. Lucía, agitada, grita)*. ¡Son falsas!

COMANDANTE: *(Apuntando a Juan con el arma)*. ¡Conque ese era tu jueguito, bichito!

JUAN: ¡Yo no sé nada de eso, le juro que no sé nada!

COMANDANTE: *(A Juan, señalando a Lucía y a José Manuel)*. ¿Algo te salió mal con tus cómplices, bichito?

JUAN: ¡No son mis cómplices! ¡Déjeme que le explique!

COMANDANTE: ¡No quiero explicaciones! ¡Te lo advertí!

JUAN: ¡Le juro que no es lo que está pensando!

ACOMPañANTE: ¡Es cierto lo que Juan dice!

COMANDANTE: (*Disparándole al acompañante, el cual cae*). ¡Los mirones son de palo, pajarito! (*Luego, dirigiéndose a José Manuel, que está como ausente*). Cuéntame, ¿cuál fue el plan con tu cómplice? (*Toma por el brazo a José Manuel. Juan aprovecha el descuido y trata de correr, el comandante le dispara. Juan cae y suelta el morral de las joyas*). ¡Esto me pasa por imbécil, por estar confiando en cualquier idiota que me pasa por delante! ¡Son unas ratas y nunca dejarán de serlo! (*Va hacia José Manuel*). ¡Por última vez, viejo, ¿qué fue toda esta payasada?!

JOSÉ MANUEL: (*Sumamente alterado*). ¡Asesino! ¡Asesino!

LUCIA: (*Asustada y conmocionada*). ¡Se lo suplico, no le haga daño!

COMANDANTE: ¿Cómo se le ocurre semejante barbaridad? ¡Yo sería incapaz de ponerles un dedo encima! ¡Solo díganme dónde están las joyas verdaderas! ¡Sería una pena que se supiera que ustedes denunciaron un robo falso! Además, ya tenemos cuatro cadáveres, así que pudiéramos solucionarlo de la siguiente manera: ustedes me dicen dónde están las joyas, luego cobrarán su dinero del Seguro sin darme un centavo y aquí no habrá pasado nada...

JOSÉ MANUEL: ¡No se lo digas, Lucía! ¡Prefiero morir! ¡No podremos vivir con esta carga!

LUCIA: (*Sin escucharlo*). ¡Las joyas están en la cocina, escondidas en el horno!

COMANDANTE: (*A Lucía*). ¿Tendría la amabilidad de acompañarme, abuela?

(Entran a la cocina. Se oyen las patrullas que llegan y los agentes entran a la carrera en el momento cuando el comandante y Lucía salen. Lucía corre y abraza a José Manuel).

COMANDANTE: (*Dirigiéndose a los agentes*). ¿Por qué tardaron tanto en llegar? Su retraso les costó la vida a estos compañeros. ¡Vaya, qué nochecita! ¡Y todo por culpa de estos choros de mierda, ¿cuándo limpiaremos la ciudad? (*Señalando el morral*). Allí está el material robado, recuperado gracias a la valentía de nuestros agentes que dieron la vida en el cumplimiento del deber... Los ladrones están en el patio. Encárguense de todo.

COMANDANTE: (*Hablando por radio*). ¡Aquí 47, 48, 49, 50, cambio, ¿me escuchan allá?

VOZ DE LA RADIO: ¡Aquí 4, 3, 2, 1, 0; le escuchamos...

COMANDANTE: ¡El robo en la calle Las Flores ya ha sido controlado! ¡Repito, todo ha sido controlado!

(Se oye el ulular de las patrullas, la algarabía propia de los curiosos que se acercan. Todo esto se mezcla con la voz de la radio. La luz decrece hasta quedar en penumbras).

FIN

Fundación Editorial El perro y la rana
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela 1010.
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com

www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Facebook: El perro y la rana
X : @elperroylarana
Instagram: @perroylarana
Threads: @perroylarana
TikTok: @elperroylarana
YouTube: ElperroylaranaTV

Crónicas en la escena
Digital
Fundación Editorial El perro y la rana en
marzo de 2025
Caracas - República Bolivariana de Venezuela





Crónicas en la escena

El presente título se compone de dos obras producto de una labor teatral permanente. Disímiles en su temática, pero unidas por una clásica estrategia literaria inspirada en las notas de prensa, reales, de casos tan dispares como el Deslave de Vargas de 1999 (“La Tragedia”) o en un curioso caso policial nacional, el misterioso y absurdo asalto de una joyería. Unidas, también, por un marcado estilo literario y escénico de su autora, tendiente a desarrollar progresivamente un drama social pero mediante personajes, ánimos y situaciones propias del género de la Comedia. Como un trágico contexto oculto de fondo, que poco a poco va siendo develado y descubierto en su lectura. Tragicómicas, pero entretenidas y coloquiales, en estas obras se presentan situaciones y diálogos que abordan el lado no narrado, o la “ficción histórica” si se prefiere, de acontecimientos verídicos; desde la psicología, la gestualidad, y la jerga idiosincrásica o popular de Venezuela.

NELLY VILLEGAS HERNÁNDEZ (Cúcuta, 1965)

Nacida colombiana y nacionalizada venezolana, con amplia trayectoria como actriz, escritora, gerente cultural y docente teatral en el país. Cofundadora del proyecto para la formación y producción teatral PUERTOTEATRO (1991) y el Ateneo Cecilio Acosta (1993). Egresada del Instituto Universitario de Teatro (IUDET) mención Actuación (1998). Su obra escrita incluye dramaturgia y narrativa (con más de 30 obras, adulta e infantil), como también poesía (con 2 poemarios inéditos y 1 premiado). Ha sido galardonada con el II Premio de Teatro Marita King y Orden Merito al Trabajo en Tercera Clase del Ministerio del Trabajo/Ministerio de Cultura (2006); Premio Nacional de Literatura Joaquín Burgos, mención Poesía (2011); y la Orden Francisco de Miranda en su Tercera Clase (2023). En los últimos diez años se ha dedicado al estudio, investigación y formación del teatro como instrumento terapéutico, indagando en herramientas prototeatrales, ancestrales y holísticas.

**PUBLICADO EN TIEMPOS DE
GUERRA ECONÓMICA
CONTRA VENEZUELA**

